

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 44 - Abril de 2013 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Matrimonios de diversas clases



6

El loco de la casa



11

¡DoDUM!



16

Coperas



18

Colombia number one



24

Señoritas a su elección

**UNIVERSO CENTRO****Publicación mensual****DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA**

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– Ana Lucía Cárdenas

– David E. Guzmán

ASISTENTE EDITORIAL

– Paula Camila O. Lema

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

COORDINACIÓN COMERCIAL

– Ana María Duque

DISTRIBUCIÓN

– Sandra, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Equipo UC

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

PRACTICANTE

– María Laura Idárraga Alzate

Es una publicación de la Corporación Universo Centro

Número 44 - Abril 2013

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

**Renegar del patrono**

Que el padre del periodismo colombiano sea un bibliotecario puede ser bueno o puede ser malo. Que haya llegado jalado desde Cuba por José de Ezpeleta, quien fue primero gobernador de la Isla y luego Virrey de la Nueva Granada, suscita dudas y entraña ventajas. Que fuera ebanista y calígrafo habla de sus tiempos libres.

Manuel del Socorro Rodríguez, según quienes lo conocieron, era sobre todo un funcionario obediente y tenaz. En sus manos los periódicos cumplían su principal mandamiento: se imprimían. Y cuando cerraba uno abría otro. El hombre cambiaba el cabezote en la llamada caja de letras y estaba listo el 001. Cagatintas, dirían los peores.

Rodríguez también era un político bastante liso. Un genio de la transformación, una oruga dispuesta a todos los cálculos. No muchos pueden contar que fueron jefe de prensa de la realeza y panfletista de los revolucionarios ilustrados. Luego de *El Papel periódico ilustrado*, hazaña de las primeras tintas con sello real, vinieron dos o tres papeles españoles hasta el 20 de julio. Entonces, en plena insurrección apareció del Socorro para auxiliar a los chapetones. Sabía más de tintas que de cualquier otra cosa. Figuró como redactor de *La Constitución Feliz*, el pasquín de la Junta Suprema que dio cuenta de las novedades más allá del florero. Dicen que su gran virtud era la paciencia. Dijo José María Vergara y Vergara que “no tenía genio, ni inspiración sino laboriosidad”.

Como homenaje a nuestro oficio y nuestra plaza le dejamos esta copla dedicada a sus pecados:

Ven aquí, tú, estrafalario
Perrazo con piel de zorro,
Sal aquí, Manuel Socorro,
Pasa aquí, bibliotecario.
Si, aprendiz de boticario:
No mereces ser trompeta
¿Quién te ha metido a poeta?:
¿no reflexionas, mohíno,
que no ha habido escritor fino
que tenga un palmo de jeta?

Francisco Caro. ©

**NEGOCIANDO
CON EL
ENEMIGO**por **ANTONIO NAVARRO WOLFF**

Ilustración: Verónica Velásquez

Para empezar a entender de qué se trata el final de un conflicto empezamos por decir un par de palabras acerca de su naturaleza. Cuando alguien está alzado en armas, está en guerra. Al contrincante se le llama “el enemigo” y se actúa en concordancia. Desde el punto de vista de los insurgentes “el enemigo” no es solo la fuerza pública sino, sobre todo, los miembros de la clase dirigente a quien esta defiende. Gaitán los llamaba “la oligarquía” y ese término nos parecía muy apropiado. Ellos eran “el enemigo”. A ellos queríamos quitarles el poder usando un viejo recurso de la política colombiana: el alzamiento en armas. Se lo habíamos aprendido a liberales y conservadores a lo largo de la historia de Colombia.

La primera vez que tuve que ver con un proceso de negociación fue en 1984, cuando intentamos un proceso de paz con el gobierno del presidente Belisario Betancur. Acordamos un Diálogo Nacional que desde el principio vimos que no iba a ser diálogo ni mucho menos nacional. Veíamos a la contraparte gubernamental tomándonos del pelo y nosotros hicimos lo mismo. Yo era el jefe del equipo de negociadores del M-19 y estaba en las ciudades con permiso del gobierno, poniéndole el pecho a la brisa. El asunto me costó la pierna izquierda y casi la vida en un atentado en mayo de 1985 en Cali, así que no quedé muy entusiasmado con la idea de repetir la experiencia.

Ya viviendo en el exterior Carlos Pizarro me pidió que ayudara a resolver el secuestro de Álvaro Gómez Hurtado; acepté el encargo y sin mucha convicción nos inventamos una reunión en la Nunciatura Apostólica de Panamá. Pero durante la reunión las cosas empezaron a cambiar y aparecieron algunas perspectivas de acuerdos. A la reunión asistieron representantes de gremios y grupos de poder de Colombia. La discusión fue álgida pero finalmente adquirimos el compromiso de pedirle a Pizarro que pusiera en libertad a Gómez, lo cual sucedió unas pocas semanas después.



El escepticismo sobre la posibilidad de que el acercamiento condujera a un proceso de paz no cedía por completo. Por eso cuando supimos que Pizarro se había reunido con Rafael Pardo en el sur del Tolima nos pareció que estaba dando pasos muy largos y riesgosos.

Meses después, mientras estaba reunido con Pardo en un hotel de México, adonde se habían trasladado las conversaciones, mataron al comandante Afranio Parra en Bogotá; me paré de la mesa en el acto. ¿Cómo dialogar si mataban a nuestros compañeros? Pizarro siguió conversando con el gobierno en el Cauca y me pidió que fuera a acompañarlo. Solicité autorización para que yo pudiera entrar al país y el gobierno dijo que no. Le parecía que yo era muy duro en la mesa. De todas maneras entré por la trocha. No se imaginan la cara de Rafael Pardo cuando me vio en Santo Domingo, Cauca, pocas semanas después de su negativa a facilitar mi ingreso. Me preguntó cómo lo había hecho y le respondí que por fax (le hubiera dicho que por Internet pero entonces no la habían inventado). Con el paso de las semanas fuimos conociendo a Rafael y cambié la tirantez inicial. Le valorábamos que no siempre decía sí, pero cuando lo hacía cumplía su palabra. Hoy somos buenos amigos.

Rosemberg Pabón, quien también estaba en el exterior, no se convencía de las bondades del proceso. Le pedimos que viniera, también por la trocha, y avisamos en Yumbo que estaba con nosotros en el campamento donde se realizaban las conversaciones. Se vinieron como diez buses de sus antiguos estudiantes y amigos, pues había sido profesor del Colegio Mayor en esa ciudad, y entre todos lo convencieron de que la paz era el camino.

Al final de 1989 llegamos a unos acuerdos sobre la favorabilidad para participar en las elecciones, medidas que nunca se concretaron en el Congreso por el hundimiento de una reforma constitucional. Nos quedamos con las manos vacías.

El diciembre de 1989 fue de incertidumbre. ¿Dábamos el paso a cambio de nada y respondíamos a lo que sentíamos era un clamor de la opinión pública a favor de la paz?

En el rancho donde nos quedábamos en el centro del campamento, en Santo Domingo, Pizarro y yo pasamos largas vigiliadas discutiendo los pros y los contras. Finalmente optamos por una solución curiosa. Estábamos tan convencidos del apoyo de la opinión nacional al proceso de paz que decidimos salir, sin firmar aún el acuerdo con el gobierno, a corroborar nuestro pálpito en Bogotá. Queríamos confirmar cuál era el real ambiente de opinión hacia la paz y hacia el M-19 en las ciudades colombianas.

Fue una decisión arriesgada. Si nos pasaba algo al primero y segundo comandantes el proceso se frustraba del todo y el ‘Eme’ quedaba descabezado. Pero nosotros nos la jugamos, lo propusimos, y el gobierno nos respondió con un sí más que entusiasta. Dado el fracaso de diciembre en el trámite de la reforma constitucional por culpa del Cartel de Medellín, temía que nos fuéramos a devolver a la guerra.

Fuimos en helicóptero hasta Cali para tomar allí un avión a Bogotá. Cuando aterrizamos vino hacia nosotros un militar en traje de fatiga, un coronel, creo, y yo pensé: este viene a chingarnos. Puse la mano sobre la pistola que traía bajo la camisa, pero el oficial nos dijo sonriendo y estirando la mano: “bienvenidos a la democracia”. Lo recuerdo como si fuera ayer.

El resto fue una vorágine. En Bogotá la gente se paraba en las esquinas a ver pasar el carro donde viajábamos Pizarro y yo. De ahí en adelante no hubo reversa, ni siquiera cuando pocos meses después los del Cartel de Medellín mataron a Carlos Pizarro en un avión en vuelo, por ser candidato presidencial, no por ser ex guerrillero, valga la aclaración. La paz era tan popular que decidimos quedarnos dando la pelea a pura lengua. Y aquí estamos. ©

Matrimonios de diversas clases

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Fernando Rico

Para empezar el lector debe creerme cuando le digo que no tengo ni pizca de homofóbico, que en el fondo del alma me importa un carajo si a la gente le gusta acostarse por su lado toronja o por su lado cocacola, y que además conté entre algunos de los mejores amigos que la vida me dio a algunas personas que mi padre llamaba anormales. Entes llenos de talentos, incluso muy masculinos, si masculino es antónimo de atildado, y además sensibles, poetas magníficos y de trato estimulante y enriquecedor, aunque también es verdad que a veces, cuando se emborrachaban, esparcían al desgaire en las fiestas puñados de plumas que los convertían en unos contertulios irrespirables, más empalagosos que queribles, y en ocasiones incluso fatigantes con sus malas caricaturas de Sarita Montiel o de una tía de Sarita Montiel.

No caeré en el viejo argumento de los predicadores de la superioridad gay, trayendo a cuento a Leonardo, a Miguel Ángel y a Rimbaud, a Proust, a André Gide o a Oscar Wilde, el más reputado de los mártires de la religión de los jóvenes; o abundando, a Marguerite Yourcenar y a Simone de Beauvoir, que al parecer fueron tan universales en sus gustos carnales. Pero la experiencia de la vida corrobora mi sospecha de que para ser un gran artista la mujer ha de tener aunque sea un pelo de macho en alguna parte, y el hombre un componente femenino que disminuya aunque solo sea en un grado el macho puro, vociferante e hirsuto. Cuando medito en esto trato y trato de imaginar a Arnold Schwarzenegger o a Mike Tyson escribiendo sonetos, y me resulta imposible. Tanto como pensar que esa vecina mía, juguete de silicona, empeñada en parecerse a Sofia Vergara después de seis penosos sacrificios en los quirófanos, escribe a solas otras *Memorias de Adriano*. Sí, hay que ser un poco andrógino, si se es hombre, y sacrificar un poco de músculo superfluo, matizando una equis en el paquete cromosómico, para acceder a ciertos vericuetos de la mente y el espíritu. Y si mujer, una cierta oscuridad en la garganta que ahonde la voz, y hasta un ligero bozo en el labio superior o un pelo rebelde en el mentón.

Esto no quiere decir que me gusten los señores, ni poco. Como todos los muchachos normales tuve ciertos acercamientos más que fraternos con mis compañeros de colegio, curiosos campeonatos de masturbadores, individuales y por equipos. Pero temprano en la vida hallé más amable el contacto de la seda que el del yute, y el olor de la piel femenina que el humo de mis compañeros

de pupitre, mandarina y meados. Pronto mi alma se dio cuenta de que mis semejantes no eran su plato preferido. Que era alófga, es decir, consumidora de lo desemejante —ojo al neologismo, alófga como existe el alópata—, y no quedó disgustada con los dioses cuando descubrió que la habían hecho para otros menesteres de cama y que prefería irremediamente dormir en los brazos de Sofia Loren más bien que en los de Carlo Ponti. Mi alma hasta se enanece cuando en los retenes de la costa los vendedores de butifarras y de bolloeyuca llaman a su anfitrión, es decir, a este amanuense, “seño”, mientras hacen triscar las tijeras de aluminio sobre las crenchas de mi cabeza. Entonces le parece que aún tiene su casero esperanzas de convertirse un día no lejano en un prosista apreciable, aunque solo sea ante sus propios ojos.

No soy homofónico ni ortofónico y ni siquiera estéreo, para decirlo en el lenguaje de la vieja tecnología. Porque hoy hay incluso aparatos cuadrifónicos y armados con búfer. Pero no nos metamos en honduras, en vanas distinciones entre el espíritu de lo digital y lo analógico. Lo que me pidieron no fue una confesión de fe heterosexual ni una diatriba en defensa de mis amigos, bujarrones o pasivos, sino una honesta opinión sobre uno de los temas de moda: el matrimonio igualitario.

Esta es mi verdad: a pesar de mi actitud ante la vida, liberal y hasta libertina, ver a dos señores calzándose mutuamente el más que simbólico anillo ante un notario o un juez en Las Vegas me causa una impresión incalificable. Y tuve que hacer un reacomodamiento mental cuando en la discusión de la ley que regirá el matrimonio entre señores iguales y señoras iguales un abogado norteamericano, vestido con corrección monocromática, subió al atril y presentó a su esposo en el Capitolio. Los mecanismos del lenguaje se inquietan y se demoran en entender estas cosas. Aunque uno no sea el ‘Macho’ Camacho.

Más que una cuestión de prejuicios morales es un asunto semántico. Un señor que presenta un esposo en lugar de una esposa siempre deja al lenguaje cabreado. Al viejo sentido le parece bien para cuestiones prácticas y de dinero a

la hora de la separación de bienes que las parejas igualitarias, pertenecientes a cualquiera de los componentes del LGBTI, inventen subterfugios de ley para el día de la separación, e incluso la solemnización de la unión, como me pareció entender que se dice. Pero al mismo tiempo me parece una inutilidad que unas personas tan libres, como se precian de ser las señoras con novia y los señores con tiniebla, quieran remedar el viejo matrimonio androgámico, fracasado hace tiempos en un mundo donde la gente cada vez se casa menos, con nuevas modalidades como el bigámico, es decir, el que ocurre entre dos mujeres, y el biándrico, el que se celebra entre dos varones. Como si el matrimonio fuera bueno. Como si fuera deseable. Un teólogo que participó en el debate en el senado, un señor lastimoso con una argumentación de una pobreza inaudita, advirtió, después de recordar la degenerada Roma clásica y la Grecia de Aquiles y Patroclo, que el matrimonio homosexual aumentaría los casos de cáncer de ano. Pero bien pudo en su lógica bastarda proclamar que el matrimonio igualitario se convertirá de ahora en adelante, caso improbable de ser autorizado, en el castigo por el vicio nefando, que fue el nombre terrible que se le dio al placer homosexual en los tiempos en que había libros prohibidos y pirómanos de bibliotecas y se asaba en la hoguera a los propios autores acusados de brujos.

Es un lugar común, viene de antiguo rodando la conseja, que el matrimonio es la tumba del amor y solo añade a las dependencias sentimentales la intervención de los abogados, que suelen resultar costosos, dispendiosos e intrincados. El matrimonio no hace más que agregarle estrecheces a la jaula de



Ebrio caminé por el bosque hasta llegar al riachuelo
Llené el cuenco de agua
se salieron todas las estrellas.
Gustavo Adolfo Garcés

Porque el futuro es confiar



www.confir.coop

Aprovecha

Activa tu equipo smartphone en un plan pospago de voz + datos

*Solo por \$44.800 impuestos incluidos

Y podrás disfrutar de:

130 MINUTOS a cualquier destino

+300 minutos gratis incluidos a 2 números elegidos TODO DESTINO

Tendrás Acceso a Chats: Yahoo Messenger, Gtalk Redes sociales: Facebook, Twitter, Myspace



Lo que quieres es Claro

claro.com.co

El precio de \$44,800 aplica para el Plan Seamos Claro 130 abierto con CFM de \$29,900 impuestos incluidos + Paquete Chat Redes 2012 con CFM de \$14,900 impuestos incluidos. Los 2 números elegidos todo destino aplican para hablar gratis los 5 primeros minutos de cada llamada; a partir del 6to minuto, se descontarán los minutos de los incluidos en el plan; en caso de no tener minutos disponibles se cobrará el valor del minuto adicional de acuerdo al plan. Valor minuto adicional en el Plan Seamos Claro 130 Abierto \$230 impuestos incluidos. Los números elegidos pueden ser móviles Claro, fijos nacionales u otros operadores móviles. Aplican condiciones y restricciones. El prestador de soluciones de telefonía móvil es Comcel S.A.

Plan de Intervención del Centro de Medellín

ÁLBUM DE PASO

Fotografías del Centro de Medellín 1875 - 2013



Francisco Mejía, 1944.

Todo esto eran mangas De carreteras a carreras De voceadores y coperas De la plaza al parque

Plaza de Cisneros (Parque de las Luces) 29 de abril al 29 de julio de 2013



EL LOCO DE LA CASA

Estimados,

Se trata de contar la historia del "loco de la casa", un familiar lejano o cercano, del pasado o el presente, que haya brillado por sus estadias en lo que el francés llama *maison d'aliené*. Un pequeño retrato de ese personaje con alguna de sus escenas memorables. Vale decir que el loco no debe llevar un palo en la mano y un turbante para ser digno de nuestra colección, basta con el sencillo silencio, con los arrebatos, con cierta furia al comentar los sucesos domésticos.

EL TÍO ERNESTO por GUSTAVO ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL

Ilustración: Elizabeth Builes

Era el más alto de los hermanos del abuelo, blanco, de ojos azules y delgadito como sus dos hermanas, con quienes compartió la soltería y los resabios. Hay una foto de él cuando se asomaba a los cuarenta, con su bigote ensortijado en las puntas y una tranquilidad irreconocible. Creo que ya se había quedado sordo, en una época en la que no existían los audífonos. Pero detrás de ese rostro apacible que deja ver la fotografía, estaba el estrambótico Ernesto Gardeazábal que sus sobrinos nietos recordamos ahora muertos de la risa, pero que entonces nos parecía temible e inarrimable.

Creo que no estudió más que la primaria, pero poseía un vigor de artista nato y una neurosis acrecentada por los años, la tartamudez y la sordera progresiva. Vivía de empastar libros, y por supuesto nunca debió alcanzarle para sostener la comida suya y de sus dos hermanas, de su gato y de su perro, y menos para pagar un arriendo. Vivía de la caridad de su hermano, y cuando él murió, de la de sus sobrinos. Pudo haber subsistido con los cuadros al óleo que pintaba con una fuerza tan inaudita como la que tenía para destruirlos si alguien se atrevía a considerarlos dignos de alabanza. Fue precisamente por culpa del único que le conocí que supe de su manera de asumir la vida y le cogí miedo. Mi madre me llevó a visitarlo a la casita que el abuelo les había construido al lado de la casona donde siempre vivieron los Gardeazábal en las afueras de Tulú. Cuando entré a su modestísimo estar y me senté en una de las cuatro sillitas de mimbre que tenían de sala, me quedé admirando el cuadro de un atardecer que tenía colgado en la pared. Lo recuerdo vivamente. Era una combinación de rojos que solo se da al final de las tardes de mi tierra, en lo que entonces llamaban el sol de los venados. Me pareció como una fotografía a color, de esas que entonces no existían. Debí de haber abierto mucho mis ojos y haber dicho alguna de esas cosas que siempre he dicho para manifestar lo que pienso sin pedir permiso, y armé la tempestad. El tío Ernesto se levantó como un resorte y lo bajó de la pared. Lo cogió en sus manos y se quedó mirándome con furia traslúcida. Sentada y dos años después todavía oigo sus palabras: "¿Ah... le pareció muy bonito el cuadro?". Sin esperar respuesta entré a la cocinita y sordo a los ruegos de mi madre lo despedazó con un cuchillo. Así dizque hizo con muchos que pintaba y dejaba listos para ser enmarcados hasta que alguien los alababa.

Vestía de traje completo y usaba sombrero. Como era tan alto y las puertas de la casa que les había adjudicado el abuelo eran hechas para la altura de la servidumbre, y no para la dignidad de este hijo de vascos liberales

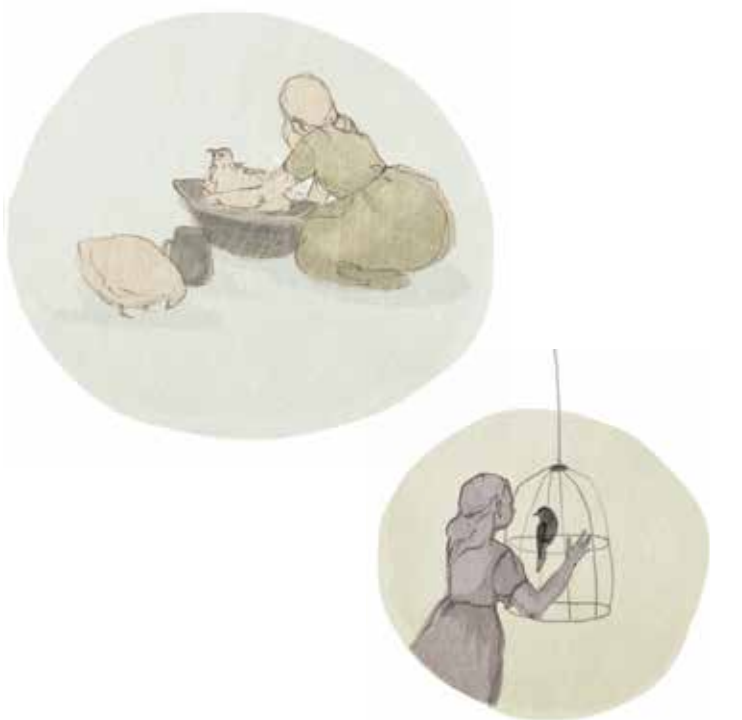
radicales, muchas veces, por no agacharse, se daba en la cabeza con el marco de la puerta. Entonces se devolvía, se quitaba el sombrero y se daba tres golpes seguidos en la frente contra la puerta del umbral con el que había tropezado, mientras recitaba en voz alta: "para que aprendás, Ernesto... para que aprendás". No le importaba quedar con un gigantesco chichón.

Igual pasaba cuando lo picaban las avispas. Como entre su casita y la principal de la finca había un huerto antiguo de frutales, y las avispas no solo rondaban y se comían las ciruelas y las naranjas sino que también anidaban en las cercanías; y el tío Ernesto sufría las consecuencias bien fuera porque vivía elevado, aislado en su sordera, o no las veía o era muy dulce para ellas. Se iba entonces a buscar el avispero, se remangaba el saco y metía la mano dentro mientras gritaba: "piquen... piquen... piquen". Y le obedecían.

Además de ser hijo de vascos a los que dizque no les gustaba hablar español tenía los genes de la tartamudez común entre casi todos sus hermanos y ancestros, así que prefería no hablar o hacer creer que por su sordera vivía en otro mundo. Su neura lo llevaba a encerrarse días enteros en la habitación en la que tenía su cama, su atril y su mesa de encuadernación, y solo dejaba entrar a su perro, que dormía debajo de su lecho. Pasaba semanas sin cruzar palabra con sus hermanas, entretenidas en oficios más inverosímiles que los suyos, pues bañaban a las gallinas, les daban de comer a las ratas y les hablaban a los pájaros. En uno de esos periodos de encierro mi abuela cambió la empleada del servicio que les mandaba para ayudarles; la instrucción que debieron darle fue que dejara la bandeja con su magra comida en el suelo, al lado de la puerta de la habitación. El salía en algún momento y se la comía, fría y en la única compañía de su perro, verificando que no hubiese nadie o que todos estuvieran dormidos. Un día, casi un mes después, salió de su encierro con la bandeja en la mano y cuando se topó con la nueva empleada trató de decirle algo. Como era tan tartamudo no pudo desatar palabra. Entonces ella fue hasta donde mi abuela y le dijo que el tío Ernesto no era loco, como ella se lo había imaginado, sino que no sabía hablar.

Nunca se le conoció relación amorosa alguna ni con mujer ni con hombre. Sus afectos no pasaron de ser gatunos o perrunos. Sus míseros ahorros los gastaba en pinturas al óleo para después destruirlas. No bebía. Tampoco se le vio una sonrisa en el rostro o una expresión de alegría. Vivía ensimismado, puliéndose al máximo en los libros que empastaba, como si cada uno fuera una obra de arte. No importaba que le quedaran bonitos: como eran ajenos, no podía destruirlos.

El Porce, marzo de 2013



EMPERATRIZ

por GABRIELA POLIT

Ilustración: Mónica Betancourt

No supe dónde nació, de dónde vino, cómo llegó, ni qué edad tenía cuando se integró a la familia. Fue uno de esos arreglos antiguos que pretendían hacer invisible la desigualdad entre quienes se sientan a la mesa y quienes la sirven. Emperatriz llegó a servirla. Desde esa infancia sin edad aprendió a cocinar, a tender las camas, a limpiar; de la mano de Rosa, mi abuela, aprendió las reglas del servicio y la etiqueta, y con ese aprendizaje entró al mundo en el que su "madrina" la cultivó. La niña se convirtió en su sombra, la seguía por todos los rincones para ayudar en la costura, en el planchado, en la organización de la vida familiar. Emperatriz imitó los gestos de Rosa y con ella aprendió las palabras.

Rosa murió cuando Emperatriz era apenas una adolescente. Sin ella, dejó de reconocerse y de sentirse útil. Nadie supo con certeza a qué oscuro laberinto descendió, pero poco a poco se retiró de su vida como si fuera un préstamo al que se le ha vencido el plazo. Al principio se atribuyó su ausencia a la tristeza. Pero cuando hubo que vestirla y peinarla, prepararle la comida y dársela en la boca, la explicación del sufrimiento no bastó. Entonces dijeron que el daño de Emperatriz no estaba en el corazón sino en la cabeza. De esa fragilidad emocional o mental se hicieron cargo mi abuelo, todavía de luto por la muerte de Rosa, mis cuatro tías, mi madre y mis dos tíos. Unos decían que la cuidaban para devolverle la cordura, otros para retener su alma. Hasta que la mayor de mis tías se casó con un psiquiatra, y cuando le hablaron del caso de Emperatriz el doctor dio un diagnóstico tajante: está loca. El doctor había estudiado en Buenos Aires y hablaba con el aplomo de quien ha visto mundo: "si no sale de esta casa se va a morir".

Las hijas no querían que se fuera. Emperatriz había sido la cómplice de Rosa, la mano derecha de sus bromas, el eco de sus risas. Veían en esa

muchacha de piel oscura y pelo rizado la valentía de dejarse llevar por la tristeza. Los hijos se opusieron, temían que fuera maltratada. El abuelo confió en el criterio de su yerno y sentenció que debía irse.

La llevaron a la casa de amigos, y durante meses nadie la visitó. La distancia le sentó bien; lejos de la familia Emperatriz recobró el ánimo. Empezó a comer sola, a vestirse, volvió a cocinar, se la escuchó reír. Cuando tías, tíos, mamá y abuelo fueron a visitarla se dieron cuenta de que había vuelto en sí. Entonces le ayudaron a conseguir trabajo. En un ambiente distinto, dijo el doctor, que no fuera una familia, donde no hubiera jóvenes, donde sus jefes no hablaran su lengua. Emperatriz fue a trabajar en la embajada americana.

Empezó como personal de limpieza, pero al reconocer sus dotes de cocinera el ama de llaves de la embajada la puso como ayudante de cocina. Finalmente, Emperatriz tomó el lugar de su jefe y fue la cocinera de la casa del embajador de Estados Unidos en Quito. Allí trabajó el resto de su vida, hasta retirarse.

Yo la conocí desde muy niña, la veía cuando venía a casa y cuando íbamos a visitarla a su departamento. Tenía un porte impecable, los modales que Rosa le había enseñado; las tías comentaban que su sazón era un regalo divino. El cuento de su vida pasaba de boca en boca en un hilo delgado que separaba su enajenación de su tristeza. Pero todos celebraban su historia y el prodigio del amor que le había tenido a Rosa. Cuando le pregunté a mi mamá por qué Emperatriz se había vuelto loca, me dijo que no sabía, pero que si alguna vez hablaba de Rosa en presencia de ella, mirara en sus pupilas la sombra de una mujer que se había ausentado de sí misma. Yo lo hice, quería conocer a la loca de la familia. Cuando le pregunté por mi abuela en los ojos de Emperatriz asomó enorme su tristeza, y me dijo que con su muerte Rosa se había llevado su único pasado.





por JOSÉ GABRIEL BAENA GAVIRIA

Ilustración: Matilde Salinas

RAQUEL CÁNTAME UNA TABLA

El primer fognazo de los recuerdos de mi infancia viene desde un domingo de sol implacable de mediodía. Yo tendré unos cinco años y voy con mi papá y mi hermano mayor en una busetita Volkswagen. “Vamos a visitar a la tía Raquel”, nos ha dicho. “Raquel”, un nombre murmurado muchas veces en la sala del comedor, al cual nunca había podido yo darle forma física. El auto de juguete nos deja en el tristemente célebre Hospital Mental de Antioquia, en Bello, donde “Ella” se encuentra reclusa. Atravesamos varias puertas de seguridad, la vemos. Se halla en una celda como las de los comisarios del Oeste en películas que he visto, sin entender mucho, en los matinales del teatro San Javier. Vestida con una inmensa bata rosada, Raquel tan blanca, blanca pelicastaña, los labios pintados de un color rojo intenso, nos abraza fuertemente a los hermanos aterrorizados, y luego mi papá nos despacha hacia un patio para conversar a solas con su hermana.

“Sepan que la tía Raquel se cayó de un caballo cuando estaba chiquita y se quedó así, muy enferma. Hay que darle pastillas y ponerle inyecciones todos los días. Cuando se pone muy brava hay que llevarla al hospital”, decía mi papá al regreso. No comprendo mucho: “¿si está tan enferma por qué no está acostada?”, divago. Desde entonces les cogí un miedo inmenso a los caballos que pastaban con libertad silvestre en los prados y colinas del barrio de la infancia. Nunca aprendí a cabalgar, ser un “jockey” sigue siendo para mí un misterio. Pensaba que si me caía de una “bestia” de esas iría a parar muy enfermo al Hospital. Más tarde supe que, antes de su media vida prisionera en el Mental de Bello, Raquel había pagado cárcel por pecados inexistentes en el tenebroso Manicomio de Aranjuez, el mismo donde durante cincuenta años purgó sus crímenes mentales el poeta del Canto de los Antioqueños, el dulce Epifanio. (Debo aclarar que yo sí me caí de un tercer piso a los seis años y quedé para siempre con la cabeza muy grande e informe, para burla de los matones de la escuela, y por eso soy así, tan raro como muchos intuyen, tan bobo que parezco inteligente y viceversa, más lo uno que lo otro).

Pocos años después, cuando se hizo difícil mantener a Raquel en el Mental, los hermanos y hermanas casados, apoyados por sus cónyuges, se turnaron para tenerla en sus casas por temporadas, hasta su liberación del cuerpo a principios de los noventa. Yo solo puedo evocarla aquí mediante una lectura oblicua de mi rayada memoria, más llena de grietas cósmicas que de contenidos terrenales: Raquel ofreciéndoles “arroz sanforizado” y chocolate muy espeso a las visitas perchudas, Raquel, María Raquel, acariciando las cabezas de mis compañeritos cuando iban a que yo les hiciera las tareas, Raquel fumando días y noches y yendo a comprar sus “Dandys”, más baratos que el Pielroja en la tienda mixta de la esquina cuando los barrios eran barrios de verdad con cantina y legumbrería aneja en cada cuadra. Lo más tatuado en mi única retina: Raquel bailando desnuda en el solar de mi casa a medianoche; había hecho una gran fogata con palos de la carpintería y “colombianos” viejos, en su radio transistor se

oía a todo taco “quisiera ser el diablo, salir de los infiernos, con cachos y con cola el mundo a recorrer, si no te arrepientes vieja te cojo de las tetas, te agarro de las mechas y te arranco la cabeza...”.

Esa noche hubo que llamar de urgencia a la famosa Botica de los Isaiza para que mandaran una inyección que le puso la generosa vecina de la finca de enfrente, Teresamaya. Raquel de nuevo bailando a nuestro alrededor en la terraza mientras elevábamos los globos de diciembre, y, finalmente, Raquel contándome un sueño que logré escribir apretujado y del cual solo recuerdo jirones de dril naval de Fabricato: “Hace ya como un día puse en cocimiento esta vegetación de amarillas flores para las niñas destos mis ojos que me estaba danzando así sin tino, despierta todavía en noche clara rezando los ‘Circunstanciales Salmos’ al Señor de Praga y sus diablillos, ‘que venga, que no venga’ cuando se me llegó al costado el Grande Arcángel Belial, empezó a mirarme como un perro cuando sufre bubas y se puso a chuparme este lado del alma...”.

El sueño era muy extenso, tres páginas a máquina, y el sueño mismo una maquinaria de imaginación exacerbada y violenta, un arte del delirio que se puede enseñar pero que nadie puede aprender hoy, embrutecido este pueblo mío con sus supercelulares y sus gafas google. ¿Qué clase de miles de sueños pudo haber tenido o fabricado Raquel en su cabecita durante los 56 años de su mal llamada esquizofrenia? Pienso que su caída del caballo en la finca de La Estrella donde el abuelo Papá Luis trabajaba de cuidadero y hacía levantar a sus hijos a las gélidas tres de la mañana a arrear las vacas, esa caída simbólica fue más bien su ascensión en cuerpo y alma a ese territorio que la ciencia califica brutalmente como “locura”, y del que solo los videntes pueden dar cuenta en sus tormentas lunares y sus explosiones de sabiduría adelantada a sus épocas: ¿Una cuestión de sistemas nerviosos y cerebrales divididos, esquizos, algo puramente orgánico según la ciencia, o un asunto de alteza espiritual en crudo cuya comprensión se nos escapa? Esto último proclamo yo.

Raquel huyó con su caída de los sobrecogedores trabajos del cuerpo para adentrarse en los deslumbrantes talleres donde el espíritu se talla como joya y brilla como cortante naranja de vidrio en los desiertos del ser. Recordemos a Van Gogh y al Santo Señor Artaud, al nadaísta Darío Lemos. ¡Oh cántame Raquel otra de tus tablas-sueños mientras en mis insomnios clamo por caerme, como te caíste vos de para arriba por sobre los caballos negros de la esquizofrenia remachada a punta de electroshocks y duchas de hirviente hielo! Cántame una tabla más modulada entre tus labios de comercial de pintalabios “Parami”, de tu cara de luna enmascarada detrás de tu colorette de adobe y polvos “Loretta Young”. ¡Ah! No puedo irme sin recordar a Liza Minnelli, la de “cabaret, la vida es un cabaret”, cuando decía: “Todos los alcohólicos y todos los locos iremos al cielo porque en la vida ya hemos tenido suficientes pruebas del infierno”. Hermanos: que la imaginación no sea la loca sino la cuerda de vuestra casa. Ya abrí inscripciones para mi nuevo Seminario de Iluminación Frenética en el teléfono de rueditas 548070. ¡Llamen ya! ☺

EL HOMBRE BLINDADO

por LUIS MIGUEL RIVAS

Ilustración: Santiago Rodas

La primera vez que oí hablar de El Hombre Blindado fue una tarde lluviosa de finales de los años noventa, en el bar Popular, en una esquina del parque de Envigado. Quien me lo mencionó fue Chalo ‘Ocio’, la única persona que podía hablar con autoridad sobre ese ser excepcional, dado que por aquella época —no sé si todavía— tenía contacto directo, aunque esporádico, con el héroe. Esa tarde, mientras me tomaba un aguardiente y miraba los libros que Chalo me ofrecía, me contó que a El Hombre Blindado no le entraban las balas ni lo afectaban los choques eléctricos, y no lo vulneraban las motosierras de los paramilitares ni las pipetas de los guerrilleros. El Hombre Blindado no envejecía, tenía la erudición de Alfonso X el Sabio y la memoria de Funes el memorioso; había sido contertulio de Federico Nietzsche y a mediados del siglo XX se había hecho amigo personal del Che Guevara, de quien probablemente era hermano... Y tenía en sus manos una poderosísima arma secreta que no había querido usar por pura nobleza. Pero más temprano que tarde, me aseguraba Chalo, su paciencia se acabaría y vendría en su nave espacial a terminar de una vez por todas con este podrido mundo de mierda, para instaurar una nueva vida sin tanto corrupto, sin tanto policía, sin tanto inmoral, sin tanto cura, sin tanto asesino, sin tanto mafioso, sin tanto indolente y sin tanto loco que anda por la calle inventándose mentiras para confundir a la gente.

Crecí viendo a Chalo. Lo veía desde que era chiquito e iba a la librería El Ocio, de la que él era propietario, a comprar caramelos de chocolatina o ilustraciones de revistas. Y lo seguí viendo por años y años hasta que llegué a ser tan viejo como él, cuando ya no tenía la librería y se dedicaba a pasar y reparar las calles de Envigado con sus libros en la mano y su eterno rostro sin edad. Nunca envejeció. Flaco y sólido, de cabeza grande y un desgalete natural en el andar y en el vestir que siempre consideré como elegancia silvestre. Hablaba y vivía de afán aunque nunca lo esperaba nadie. Tenía una memoria prodigiosa y una erudición desordenada. La librería El Ocio, un garaje ubicado al final de una lomita a la entrada de Envigado, se parecía mucho a su memoria: montañas de libros de todos los temas y editoriales, apilados sin aparente orden ni concierto en medio de revistas, álbumes, enciclopedias incompletas, discos y cassetes, de las que sacaba con rapidez inverosímil cualquier pedido que se le hiciera: “¿Tenés algo de Onetti?”. “Tengo unos cuentos de la edicioncita de Bruguera”, decía, y metía la mano hasta el fondo de un promontorio, casi sin mirar, y sacaba el libro. Vendía y cambiaba caramelos de cualquier álbum, y si uno no tenía para comprar una revista completa le vendía fragmentos. El cliente escogía las ilustraciones que le

gustaban, las arrancaba y al final pagaba por número de hojas.

Pero a veces la montaña de libros y sensaciones adentro de la cabeza y el corazón de Chalo explotaba como un volcán y la calle de enfrente de la librería se llenaba de montones de publicaciones y papeles que iban siendo arrojados con un desenfreno casi metódico. Era que Chalo no había cabido en sí mismo ese día y en un desfogue de su bronco caudal íntimo había mandado todo a la mierda. Lo internaban y salía a los días o semanas, dócil y entristecido, normalizado a punta de medicamentos, encierro y maltratos, pero vivo y en pie de guerra, como si no lo afectaran los choques eléctricos.

Años después, cuando yo era un adulto y Chalo ya había cerrado El Ocio y su relación con El Hombre Blindado se había hecho más estrecha, me lo encontraba en la calle.

—Te tengo las obras de Mark Twain en Aguilar —me decía.

—No tengo plata.

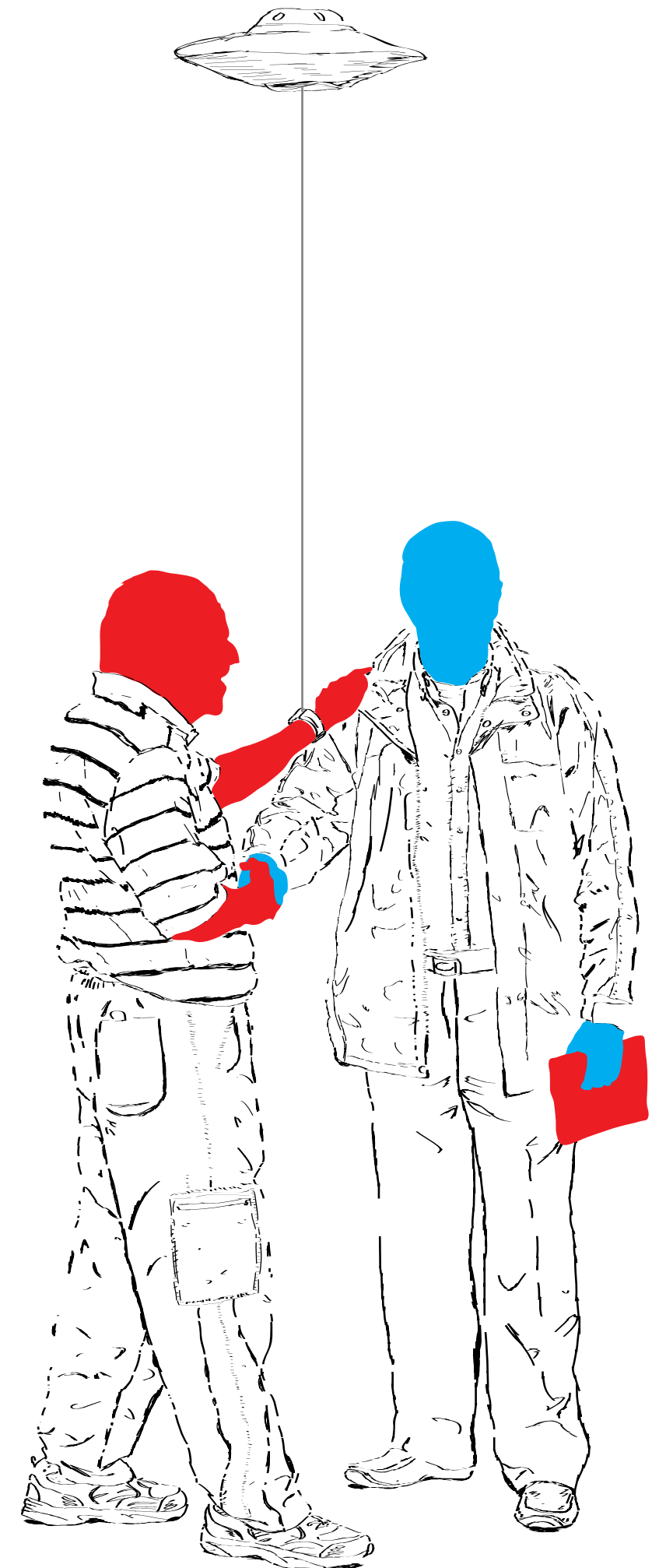
—No te estoy preguntando eso. Yo sé que vos las querés. Cuando podás me las pagás.

Me las llevaba y semanas después me lo encontraba de nuevo, en momentos en el que él necesitaba la plata y yo no la tenía. Con verme se daba cuenta y se limitaba a hablarme de otros temas. Nos quedábamos parados en una esquina conversando de todo y de nada.

No sé cómo no lo mataron en la época de Seguridad y Control, cuando se estableció la práctica de limpiar el municipio de personas consideradas indeseables por las buenas gentes. Nunca hablamos de eso pero siempre sospeché que a Chalo no le entraban las balas.

La última vez que me lo encontré, en la esquina del bar Las Nubes, se detuvo y hablamos un rato, haciendo una pausa en su eterno andar de alma en pena dentro de los límites de un pueblo que nunca ha querido saber quién es él. Ahí, parado frente a mí, en medio de la calle atareada y los carros que cruzaban sin pausa, vi esa tristeza chiquita y sin solución que había en el fondo de sus ojos y percibí con claridad el aire vulnerable que irradiaba su cuerpo golpeado por la calle y los excesos; esa libertad despelotada, ganada a fuerza de marginalidad para ser ofrendada, en un acto de suprema autonomía, a la esclavitud de la adicción; y me di cuenta de que esa oscura dependencia no era más que la fachada detrás de la cual se escondía el generoso Hombre Blindado para no humillarnos con su presencia soberana e invulnerable.

Y mientras lo miraba empecé a esperar (sigo esperando) el momento en que su paciencia, tu paciencia, Chalo, se acabe y decidas ir por tu nave espacial y regreses para acabar de una vez por todas con este podrido mundo de mierda e instaures una nueva vida sin tanto corrupto, sin tanto inmoral, sin tanto asesino, sin tanto mafioso, sin tanto loco que anda por ahí suelto en la televisión y en la prensa y en el poder inventándose mentiras para confundir a la gente. ☺



La Plaza Mayor

por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Fotografía: Foto Rodríguez



Se ve a unos cuantos parroquianos delante de la iglesia y a un jinete enruanado que se dirige a Palacé. Todavía no es el Parque Berrío, es “La plaza mayor”, sitio en donde cada ocho días los campesinos ofrecen sus productos. Puede ser lunes en esta fotografía, lunes eterno que nunca avanza hacia el martes, vacío, lento. Cuando el viejo José Arcadio descubrió la jugada sucia del tiempo, en un Macondo donde siempre era lunes, se armó de una tranca pero todo fue inútil; lo amarraron al castaño que había en el patio. Puede que en este pueblo de gentes dedicadas al negocio y a alardear de sus nobles orígenes, porque todos, sin excepción, habían nacido en la plaza principal, nadie se percatara de la jugada sucia del tiempo. Si el almacén se movía y había oro en las minas, y las importaciones y exportaciones iban bien, ¿para qué preocuparse?

El pueblo, los desmerecidos de siempre, la población negra e indígena, los mestizos, en fin, la gentuza, vivía borracha. Las chicherías que había en las calles próximas a la plaza eran los únicos sitios donde los pobres podían divertirse y olvidar su pobreza, olvidar que siempre era lunes. Con la chicha pasaba lo mismo que con Chávez:

todos, políticos, obispos, intelectuales, industriales, la atacaban. Decían que embrutecía, volvía fea la descendencia y era la matriz generadora del piojo, la sarna, los forúnculos. Connotados estudiosos de nuestra historia veían en ella el origen de la proclividad del pueblo a la violencia. Tantos ataques contra una bebida basada en la fermentación, como el vino y la sidra, y contra los sitios donde se vendía, las chicherías, debieron pasar de la verborrea a la acción.

Varios incendios no explicados suficientemente por la historia acabaron con la arquitectura colonial de las casas de bareque. Los que hubo entre 1921 y 1922 fueron la oportunidad esperada desde comienzos de siglo para embellecer la plaza con la tardía arquitectura republicana que caracterizó durante algunas décadas a este sitio de la ciudad.

Por la época en que fue tomada la fotografía no había monumento en mitad de la plaza. La hierba lo cubría todo, y dos caminos en diagonal la atravesaban. Uno iba de Colombia a Palacé, el otro de Boyacá hacia donde está hoy la escultura de Arenas Betancourt, frente al Banco Popular. La Candelaria se ve toda, y a su lado y al frente no hay edificios altos que la apabullen. No es una iglesia monumental, pero se ve y domina el espacio. La sombra de uno

que otro cagajón resalta sobre la hierba agostada. Donde hoy se hacen los vendedores de lotería es pura manga. Las casas que rodean la plaza tienen la misma fachada: puertas altas y anchas, balcones largos con igual número de puertas. Quizá en una de estas casas, o en otra de más allá, da igual, hayan hecho la noche anterior algún muchachito que en el futuro se jactaría de sus nobles orígenes.

El único adorno que hay es la pileta frente a una de las puertas de la iglesia. Pocos pasos más allá, en la esquina que forma Palacé con Boyacá, se ve a unos cuantos parroquianos. En días como esos debió ser sitio de encuentro de feligreses que venían a limpiar sus almas y a practicar por un rato la maledicencia, antes de recibir el cuerpo de Cristo.

Sobresale un edificio de tres pisos que no se ve en la fotografía, pues está justo al frente de la iglesia, formando esquina en Bolívar con Boyacá. Es el edificio más alto de la ciudad, aunque tiene la misma fachada de las casas: puertas altas y anchas, paredes enjalbegadas, techo de dos aguas. Durante algunos años fue sede de la Gobernación de Antioquia, que después pasó a una casa de Calibío.

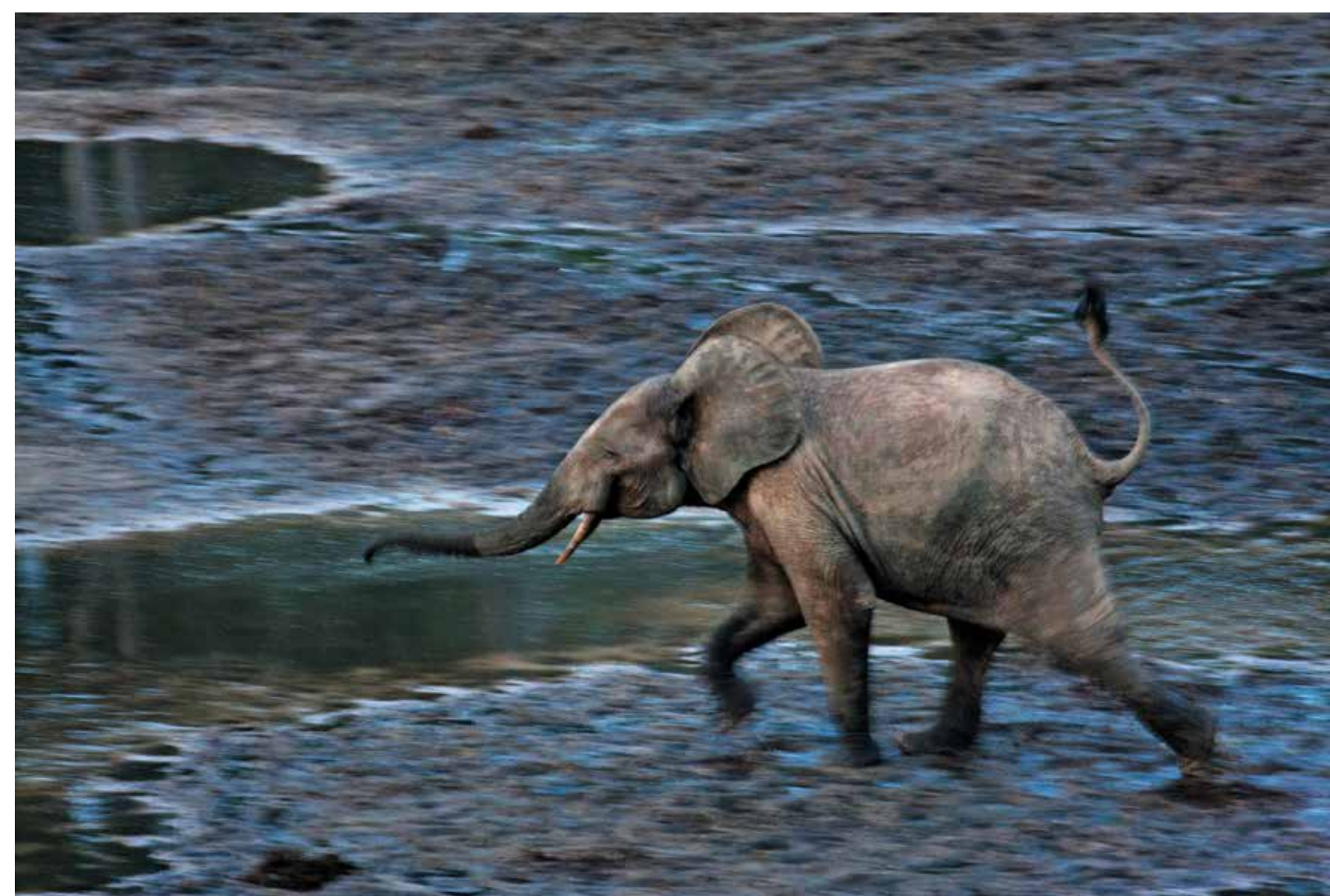
No era una plaza que destacara por su belleza arquitectónica, pero era

agradable. La iglesia, con sus tres torres, se erguía por encima de las casas, y desde muy lejos imponía su presencia. Las montañas que rodean la ciudad y producen la sensación de estar en el fondo de una taza se veían desde cualquier parte. Después del incendio, cuando la modernizaron, fue interesante, y hasta bonita. Hoy es un parque feo, hediondo, y nadie se jacta de haber nacido allí. Lustrabotas, indigentes, anunciadores de apocalipsis, cantantes callejeros, magos, estafadores, brujos, puticas, vendedores de cualquier cosa, son el público permanente.

Alguna vez entré a La Candelaria a conocer al Cristo gay. Es oscura, y está llena de feligreses que han comprado la lotería y le piden a Dios o a cualquiera de sus ayudantes, los santos, las santas y las vírgenes, el gordo completo, cuatro mil quinientos millones. En un rincón está el Cristo: feo, maniquebrado, el Cristo gay.

En la actualidad la iglesia no se ve. Rodeada de edificios altos y feos, ha desaparecido del espacio real. Como esos órganos que alguna vez cumplieron una función, pero que la evolución fue dejando atrás y ahora no sirven para nada, La Candelaria sigue en su sitio y mucha gente pasa sin percatarse de su presencia. ☹

iDODUM!



por LUCA ZANETTI

Fotografías por el autor

Luca Zanetti, fotógrafo suizo, llegó a la República Centro Africana en busca de guerreros, manadas de elefantes y una sonora tribu de pigmeos. Sus anfitriones fueron algunos europeos prendados de gorilas y venados. Se encontraron con los hoteles de Gadafi en las ciudades y las cartillas de WWF en la selva. El moño entre los nativos fue una de las diversiones del viaje. Pero un año después las cosas han cambiado para mal. Luca se ha enterado vía Facebook que los rebeldes ahora son dueños. Varios de sus amigos fueron sacados a fusil de sus oficinas naturistas. Ahora no hay campo para cuidar ninguna especie. Ecosistemas y política africana.

A Bangui, la capital de la República Central Africana (RCA), llegamos por Air France en el único vuelo que hay a la semana desde París. Estaba repleto hasta el último asiento, sobre todo de gente de la RCA, pero no faltaban los chinos, los nuevos conquistadores de África, además de europeos y gringos, misioneros religiosos o miembros de oenegés; también iban franceses de la Legión Extranjera, una unidad élite del ejército que tiene base en Bangui, además de un italiano, director de una maderera y muchos libaneses comerciantes de diamantes.

La temperatura en Bangui llega a los cuarenta grados centígrados, todo es tan húmedo que hasta las moscas se mueven despacio. Nos hospedamos en el Plaza Bangui, un hotel recién abierto, un fantasma gigante de cinco estrellas construido por los chinos y financiado por el gobierno de Libia; le dicen el Gadafi en honor al difunto dictador, que en sus últimos años jugó a ser el gran mecenas de la África subsahariana.

El hotel lo administra desde hace tres años un joven belga, fumador insaciable, que describió el edificio como un "elefante blanco". Tiene cuatrocientos cuartos, es tan enorme que se parece al Palacio del Pueblo de Ceausescu en Bucarest, un ejemplo de brutalismo arquitectónico. Decenas de porteros, personal de seguridad, camareras y cocineros nos recibieron con modales exageradamente serviles.

Fuimos de los primeros huéspedes y nos trataron con guantes, pero una cerveza que pedimos al *room service* se demoró más de una hora en llegar. Junto a Alexander Bühler, el periodista alemán que me acompañó en el viaje, decidimos darnos un último lujo antes de entrar en el corazón de África, y valió la pena. El buffet era gigante, lleno de verduras, panes, carnes, postres y una carta de vinos franceses. Un milagro de abundancia.

Al día siguiente tomamos una avioneta Caravan de ocho puestos. El piloto era gordo y blanco, tenía el acento golpeado de los blancos surafricanos. Los pasajeros éramos nosotros dos y un libanés y un armenio en búsqueda de diamantes. En una hora y algo aterrizamos en medio de la selva -finalmente todo en la RCA está en medio de la selva-, en la frontera con el Congo y Camerún. Llegamos a Bayanga, un pueblo al pie del río Shanga, que desemboca en el río Congo, el más grande de África. En la pista unos hombres uniformados nos quitaron los pasaportes que solo nos devolverían unos días antes de irnos.

En Bayanga la organización World Wildlife Fund (WWF) tiene una base con científicos, todas mujeres, y una brigada de cuarenta hombres armados encargados de combatir la caza ilegal, especialmente de elefantes. El marfil es muy solicitado en Asia, donde hay un mercado de colmillos en el que, según la calidad, puede costar aún más que el oro. En estas áreas protegidas abundan los gorilas y los elefantes del bosque tropical.

Lo primero que hicimos al llegar fue pasar por la oficina de WWF para reportarnos. Allí encontramos a Angélique Todd, la jefa de la misión, una rubia pequeña, sentada detrás de un escritorio en una oficina llena de mujeres aún más pequeñas. Ellas pertenecen a la etnia BaAka, cuyos integrantes son conocidos como pigmeos por su tamaño, y habían llegado a pedir adelantos o préstamos de los salarios de sus esposos, quienes trabajan para Angélique como rastreadores de gorilas. Sin ellos nadie sabe cómo moverse en la jungla.

Los BaAka viven allí desde hace miles de años. En el antiguo Egipto ya se hablaba de los pigmeos y de su sofisticada música. Hoy son el grupo más grande de cazadores y recolectores que queda en el planeta, y viven entre la República Democrática del Congo, la República del Congo, Camerún, Gabón y la RCA.



Angélique, a quien le falta la mitad de la mano derecha, fue la primera de varias personas que encontré acá con una historia común: dejó una vida segura y confortable para dedicarse a una tarea única; lleva quince años detrás de dos familias de gorilas, y logró que se acostumbraran de tal modo a la presencia del ser humano que fue la primera en presenciar el parto de una gorila en cautiverio.

Al final del día fuimos a un lugar que se llama Sangha Lodge, un caserío de casitas de madera construidas a orillas del río Sangha. Fue construido por el gobierno para dar techo a ricos cazadores, un negocio que sigue siendo próspero en el país pero que acá, gracias a la reserva y al proyecto de WWF, se terminó, al menos como proyecto con apoyo gubernamental. Lo único que queda son cuernos de animales colgados en las paredes.

El Sangha Lodge lo maneja otro de esos personajes que dejaron todo por un sueño, un surafricano con una enorme barba blanca llamado Rod Cassidy, como el famoso bandido gringo que asaltaba trenes. Vive allí con su hijo y su esposa, y espera que algún día el turismo despegue en el país más pobre del mundo según Naciones Unidas; por el momento éramos sus únicos clientes.

Sentado en la terraza con una cerveza en la mano, mirando el atardecer rosado y violeta reflejado en el río, me di cuenta de que había dejado atrás todo lo que definía mi vida. Enfrente solo había un impenetrable muro de silencio y la soledad de la selva, donde el sol casi no penetra y la naturaleza da miedo. Como un acto desesperado contra la soledad comencé a hablar durante horas y horas sobre libros leídos. Nunca había tenido tan clara la necesidad de compartir la vida con otra gente. En medio de ese delirio del recién llegado me pareció que toda civilización estaba en contra de esa soledad de la que venimos y a la que volvemos. Por suerte existe el alcohol, y después de tres cervezas la locura fue vencida y me acosté en una cama doble protegida por un mosquitero.

En la mañana fuimos a Dzanga Bay, una salina enorme donde cientos de elefantes van a tomar agua y a chupar los minerales que se encuentran en el subsuelo y les sirven para digerir los cientos de kilos de materia orgánica que comen a diario. Los elefantes duermen un promedio de tres horas diarias, el resto del tiempo tienen que comer para compensar un sistema digestivo ineficiente que no logra sacarle todo el provecho a su dieta; llegan a comer hasta 350 kilos diarios de hojas y luego cagan, y su mierda tiene tantos nutrientes que otros animales se alimentan de ella.

Para llegar a Dzanga Bay hay que ir con un rastreador BaAka: nadie se



mueve en la jungla sin los pigmeos. Dejamos el campamento de los guardias del parque y nos quitamos los zapatos para cruzar un río. A unos doscientos metros un elefante macho tomaba agua sin prestarnos mucha atención; sin embargo, un guardaparque que nos acompañaba hizo ruido con sus chancletas para que se alejara.

Caminamos un par de horas y llegamos a un mirador. La vista era como una pantalla de cine 3D de un par de kilómetros, llena de elefantes, antílopes, búfalos, marranos y, al fondo, la selva con árboles gigantes. En ese lugar pasamos la noche. Los elefantes son dramáticos: se pelean, se besan, se arrechan, se ignoran y se saludan con la trompa. En ese encuentro a veces se asustan como si hubieran salido a un viejo enemigo, o se quedan enganchados por un rato.

En un momento contamos hasta ciento veinte animales. De repente, del denso bosque salió un macho gigante con la trompa apoyada en la cabeza para mostrar sus enormes colmillos. Al verlo los demás elefantes huyeron, y en pocos minutos tuvo todo el sitio para él solo, hasta que otro macho joven se le acercó y se armó una pelea de titanes. Los colmillos y las trompas encalladas de un elefante y el otro, y luego los barritos, tan fuertes que te duelen los oídos, sonaban como gritos de auxilio. Se empujaron por unos diez minutos, hasta que el joven macho perdió y desapareció en el bosque.

Poco a poco los demás animales volvieron a la salina. El macho vencedor de vez en cuando ponía su trompa en el sexo de una hembra, me imagino que para chequear si estaba lista, aunque todas le huían. Al caer el sol todo se volvió un teatro para los oídos. Había que olvidarse de dormir. Cerrabas los ojos y solo escuchabas los grillos, las ranas y las burbujas que provocaba algún elefante bebiendo en el río... Era una música suave, hasta que un sonido como el de una trompeta, tan agudo que te perforaba el cerebro, te despertaba completamente. Y así durante toda la noche.

En la mañana el sol penetró por unos segundos la densa neblina que cubría todo. Decidimos dejar Dzanga Bay e ir a buscar un café. Al regreso, el mismo macho que habíamos visto en el río, al que ahuyentó una simple chancleta, nos atacó; verlo correr en nuestra dirección, a toda velocidad, rompiendo el agua, fue algo que no olvidaré nunca. Con el corazón a mil corrimos hacia el bosque. Caminamos un kilómetro río abajo antes de cruzar al otro lado con mis cámaras en la cabeza y el agua hasta el pecho; estábamos cagados de la risa y del susto. Alex no vio el ataque, estaba descalzándose cuando el guía gritó en francés "¡Reculé, reculé, reculé!",

y corrió con un solo zapato hasta el bosque. De vuelta al Sangha Lodge, donde nos esperaba un café con un poco de pan caliente, Alex preguntó: "¿De verdad viste el elefante?". Es cierto que si bajas la cabeza puedes perderte hasta la revolución.

Días después nos encontramos con un personaje increíble, Louis Sarno, un hippie gringo de 57 años que llegó a esta parte del mundo porque escuchó en una emisora holandesa la música de los pigmeos y se enamoró. Es el más radical de todos los personajes que encontré. Representa la ruta que uno nunca tomó en la vida, la más pura, lejos del capitalismo y del reloj... Es la abnegación de lo común y corriente.

Louis se volvió un BaAka, se enfermó de todos los males que los atacan, incluida la lepra. Cuando volvió a Estados Unidos para curarse en el hospital de Nueva York, los médicos llevaron a sus estudiantes para ver si alguno podía hacer un diagnóstico correcto. Más de diez grupos fueron a verlo, y solo un estudiante supo lo que Louis tenía. Cuando le pregunté qué otras enfermedades afligen a los BaAka, me dijo que mejor no me contaba porque de pronto no me animaba a visitarlos.

Gracias a Louis arrancamos hacia un campamento de los BaAka en plena selva, a unos veinte kilómetros al sur de Bayanga. Antes compramos un bulto de yuca molida para llevarla como regalo. No olvidó la mirada estupefacta del chofer Umaru, un musulmán de la capital, al vernos dejar la trocha y tomar el camino hacia el bosque. Quedamos que nos recogería dos días después en el mismo punto.

Los BaAka, cazadores y recolectores, casi no cultivan y dependen del comercio con la población Bantú, un grupo de colonos que ha sometido a las etnias originarias de la región. Los BaAka ofrecen carne de sus cacerías, además de su producto más apetecido, la miel; esto lo intercambian con los Bantú por yuca y, muy importante, por marihuana. Son un pueblo donde los hombres permanecen trabados, y también son asiduos fumadores de cigarrillos, gente que goza fumar como nadie.

Las casas de los BaAka están hechas con ramas plegadas y recubiertas de grandes hojas; parecen tortugas gigantes dormidas. No son más altas de un metro y medio, y son la única protección que tienen contra la oscuridad de la selva. Son gente tranquila, parecen congelados en una escena bíblica.



Al llegar la oscuridad los BaAka comenzaron a hacer música: cantaban, tocaban tambores e instrumentos de cuerdas. Aun que eran unas treinta o cuarenta personas, fue como escuchar una improvisación de miles de voces; una música de una complejidad alucinante. De repente, se escuchó una voz muy lejos en la selva, como si las voces de los BaAka preguntaran algo y la jungla les respondiera. Louis explicó que era un espíritu de la selva al que invocan para tener una buena caza al día siguiente.

¿Cómo puede un pueblo que vive en la selva pelear con el miedo a la oscuridad, a lo inexplicable? Con una música tan sofisticada que puede abrazar a todos los espíritus del bosque. Al amanecer todavía estaban cantando y bailando. Los espíritus del bosque se revelaron, eran dos arbustos que bailaban; debajo de las hojas había dos BaAka que durante toda la noche corrían hacia la selva, volvían al campamento y de nuevo corrían a la selva. Toda la gente se preparó para la caza: hombres, mujeres y niños; solo los más pequeños y los viejos enfermos se quedaron atrás, el resto fuimos a ver si atrapábamos un poco de proteína.

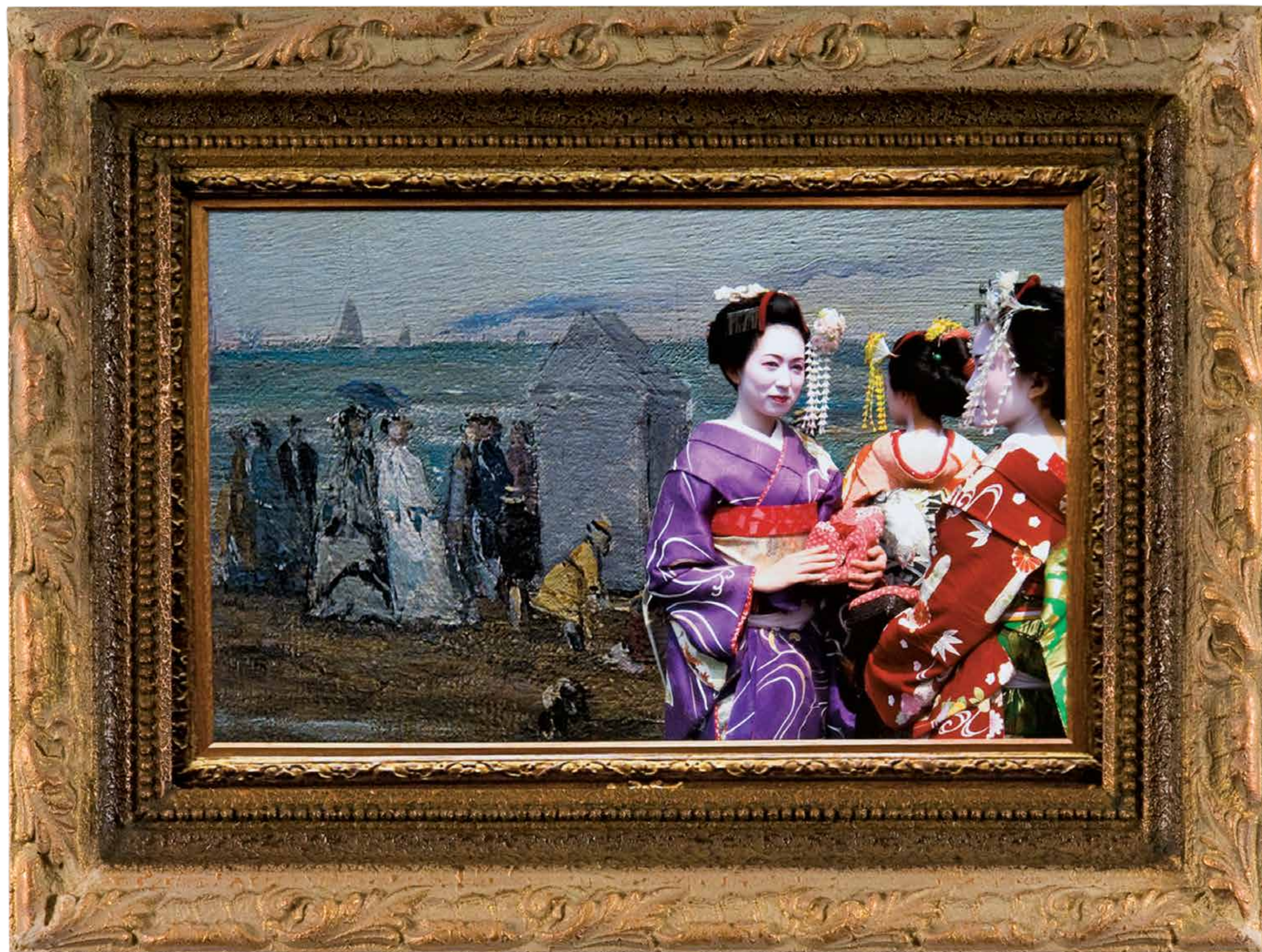
La caza es más una pesca, aunque los hombres llevan lanzas que sirven para matar al animal atrapado en las redes. La gente avanza en fila india a través de los caminos que abren los elefantes, y siempre están leyendo el piso de la selva. A veces el que encabeza la fila se detiene para escuchar. Me quedé mucho tiempo mirando el piso después de haber visto a un BaAka hacer lo mismo, a ver si reconocía algo parecido a una huella; lo único que vi fueron las pisadas de los elefantes y las frutas abiertas que los monos tiraban desde los árboles.

Los BaAka tenían unas diez redes de veinte metros cada una, que las mujeres engancharon en las ramas de los arbustos hasta formar un semicírculo. Mientras tanto, los hombres y los niños se alejaron y rodearon el lugar para encerrar a sus presas. Muchos de los animales que capturan, como los venados, se quedan quietos al escuchar ruidos, y después, perseguidos por los hombres, no tienen más alternativa que correr hacia la red. Cuando los BaAka ven al animal empiezan a gritar su nombre. Se forma un escándalo, todo es pánico, las mujeres corren arriba y abajo para no darle a la presa oportunidad de escapar, y también para buscar una mejor recompensa: quien mata al animal tiene derecho a la porción más grande.

Al atraparlo lo primero que hacen es quebrarle las piernas para impedir que huya, luego lo matan a golpes con palos y de inmediato lo descuartizan. Louis explicó cómo distribuyen la presa: empiezan por la persona que la mató, después viene el dueño de la red, luego el primero que vio al animal y, por último, los que ayudaron a encerrarlo para conducirlo hasta la red. Al final envuelven la carne en hojas y las mujeres la guardan en sus cestas.

Después de haber atrapado tres venados chiquitos, dos grandes y un puerco, todos se sentaron un momento para una pequeña pausa: hombres a un lado, mujeres al otro. Louis, que en la excitación de la caza se había herido un ojo con un palo, sacó de su bolsillo un puñado de marihuana; al verla, un BaAka exclamó sonriendo: "¡DoDUM!", y todos repitieron en coro: "¡DoDUMMM!". Parece la palabra perfecta para describir los efectos de la yerba.

Al dejar el campamento de los BaAka nos encontramos con dos Bantú, cazadores ilegales armados de fusiles. En sus bolsos hechos de lianas uno de ellos llevaba un mono y el otro dos venados. Umaru, el chofer, al vernos exclamó: "¡Alhamdulillah!" -que traduce gracias a Dios-. Umaru se considera un hombre porque vive en la ciudad, para él los BaAka son animales que viven en la selva. ☞



Juan Santiago Uribe
Playa en Bretaña
Collage digital
20 cm x 30 cm
2009.

Coperas

por ANDRÉS DELGADO

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Durante la noche, sentados en el bar Hollywood, Juliana no ha dicho mi nombre. No me dice Andrés, sino papi, y cada que me dice papi yo floto en los espacios misteriosos de mi ser. Andrés es el nombre del esclavo que obedece las órdenes del mundo. Papi es un cuento de mil y una noches.

Al frente de nuestra mesa está la pista de baile. Los cuerpos de las parejas que bailan *me recordarás, aunque me vaya me recordarás* son cruzados por rayos de colores. La música truena, las parejas sonríen y el barman sirve un trago en la barra. *Me recordarás, aunque me vaya me recordarás*.

—Venga bailemos —y Juliana tace por entre las mesas, arrastrándome de la mano como a un hijo bobo.

Me sube una bomba de sangre a la cabeza. Por favor, voy a pisarle los pies. Las parejas quiebran cintura y la bola de espejos despide rayos en todas las direcciones. *Me recordarás, aunque me vaya me recordarás*. Será cuestión de los tragos, pero la música comienza a gustarme. Juliana me dice que por favor no le mire tanto los pies. Me avergüenzo y levanto la frente. Me sonrío, tan linda, y su gesto restablece mi confianza. Mi nariz llega a su coronilla, aunque Juliana tiene tacones. Su rostro afilado me gusta, pero ese pequeño lunar redondo al borde de su labio me hace pensar en algo siniestro.

—No mueva tanto los hombros —y su aliento fresco a Chiclets Adams me golpea en la cara.

Pleno ajetreo de la calle Bomboná entre Junín y Palacé, siete de la noche. La comida callejera chirrea en la grasa mientras se levanta un vapor feroz desde las planchas de asaduras. Mientras espero mi tarrito de intestino asado líquido una butifarra. Mástico ansioso, pensando dónde carajos gastar mi viernes. Me tortura la pregunta de los desesperados: ¿A quién llamo?

La congestión de la calle se revuelve con aire orgánico. Voceadores de buses y almacenes de cachivaches. Gente, colectivos y taxis. Pitos, semáforos. Una carreta hasta el tope con una pirámide de mangos amarillos. Al frente, un marco en media luna con luces de striptease, muy distinguido. Seré penojo. Lo que necesito es un ron despachado con cerveza mientras miro viejas empelota.

El bar Hollywood es una caverna roja y mineral, estrecha y larga como cualquier cueva. Al fondo están la barra y la pista de baile. Truena una salsa de Marc Anthony: *Qué precio tiene el*



cielo, que alguien me lo diga. No hay barra de *striptease* ni tarima. Estoy desubicado y dudoso. Desde el fondo oscuro me mira un cúmulo de ojos intimidantes, así que no hay de otra que gastarse una cerveza. Avanzo muy despacio por el pasillo. Así debe ser el infierno: largo, estruendoso y rojizo. No sé dónde sentarme. Este infierno tiene ventiladores y mujeres que cuchichean en las mesas y me miran como colegialas, las coperas.

Por fin me siento. En la mesa hay un tarro rojo cuya función no entiendo. Las otras mesas también lo tienen. ¿Será un cenicero? ¿O un tarro para las propinas? Viene una pelada que me sonrío y pregunta qué quiero tomar.

—Una Pilsen —y yo también le sonrío—, bien fría si es tan amable, y un ron doble.

Su calidez y disposición me hacen sentir cómodo y tranquilo.

—¿Usted cómo se llama? —le pregunto.

—Julianaaa —y me mira.

—¿Se quiere sentar conmigo, Juliana?

—Ya vengo pues para que conversemos un ratico —y taconeando en dirección a la barra.

Un afiche: prohibida la entrada de armas. La pelada llega con mi pedido, abre la cerveza y echa la tapa en el tarro. Para ella ha traído una cerveza Clarita que también destapa frente a mis ojos. La desconfianza en estos sitios es por el licor adulterado. ¿Pero el trago de ron? Espero que en dos horas no quede envenenado y ciego. El ron me destapa las vías respiratorias, y lo bajo con un buen trago de cerveza.

A nadie parece importarles que esté bailando con Juliana. Durante el primer minuto bailamos en un par de baldosas. Cuando vamos de nuevo en el coro, Juliana toma la iniciativa y me empuja en un paseito por la pista. *Me recordarás, aunque me vaya me recorda-*

tres partes. La primera es el sueldo, la plata que se obliga el patrón: veinte mil los días flojos, de lunes a miércoles, y veinticinco mil de jueves a domingo. El sueldo de copera está asegurado cada noche, bien sea que se venda la faena o se pase en blanco. La segunda fuente son las propinas de los clientes, que van desde dos mil hasta cuarenta mil pesos. La tercera entrada, el atractivo del trabajo, son las fichas recogidas. Por cada cerveza Clarita que se beba, la pelada reclama al barman una ficha equivalente a mil pesos. Al finalizar la jornada se contabiliza y se liquida lo recogido. La mecánica del trabajo consiste en que el cliente pida lo suyo y Juliana una Clarita. A lo largo de la noche las meseras taconeando por los pasillos con un monedito en la mano, el botín de su pequeño tesoro de fichas.

Dice Juliana que la quincena pasada tuvo una buena noche. Ganó ochenta y cinco mil pesos: los veinticinco mil de sueldo, propinas por treinta mil y treinta y cinco fichas en su carterita. ¡Carajo, eso es mucha cerveza!

—Pero uno se acostumbra. Además, mi tía me enseñó a tomar una copita de aceite de ricino; así se aguanta la beba.

La tía me queda sonando.

—De todas maneras, una llega todos los días prendida a la casa, cuando no es borracha.

Ahora suena un despecho de Darío Gómez. *Preferio estar solo que mal acompañado*. Nuestro vecino bebe aguardiente y manotea. Escupe al piso y se limpia la boca con amargura. Sostiene una bolsa plástica engrasada con la que señala a las peladas del fondo.

—Es todo lindo ese señor —me dice Juliana.

Y si de amores por ahí alguien te menciona, nunca le digas que tú fuiste mi mujer. Una de las peladas, tal vez la más flaca de todas, llega donde el señor: short, ombliguera, abdomen plano y rostro duro. Mientras fuma, mete la mano en la bolsa extendida por el señor, saca un buñuelo y le saca un mordisco. De regreso a su mesa mastica y le da una calada a su cigarrillo. Este trabajo no es fácil. Se bebe mucho y se



come poco o nada. Otras peladas pasan por su buñuelo donde el señor.

—Siempre nos trae comida —me dice Juliana—. ¿No es muy lindo el señor?

Los horarios varían según el turno. El diurno va desde las diez de la mañana hasta las siete de la noche, y el nocturno desde las seis de la tarde hasta las tres o cuatro de la mañana. Los martes son el peor día, porque incluso los lunes llegan a ser buenos cuando los clientes están de farra desde el domingo y se lamben también la mañana del lunes hasta quedar abatidos.

Pero no solo se gana con las Claritas. Un guaro, un trago de ron, también generan una ficha de mil pesos. Pero Juliana prefiere la cerveza porque así aguanta más, así se ve obligada a ir continuamente al baño. Pide cerveza hasta que el cliente le ofrece media de ron o de guaro para los dos. Y tiene que

aceptar. Con este pedido se gana seis fichas de un tajo. La idea es despachar la media lo más pronto posible para volver a pedir. Con toda razón a Juliana la cerveza le pasa como un jugo.

Los tragos ya me tienen cantando *yo no sé por qué borracho te recuerdo*. Le pido a Juliana que me muestre una de las fichas que se ha ganado esta noche. Mientras agacha la cabeza y esculca su monedito, espero ver una sofisticada ficha de casino. Me muestra un botón para camisa elegante.

—Pero estos botones son fáciles de conseguir —le digo pensando en un fraude—, son como a veinte pesos cada uno.

—¿Pero de estos rayaditos? —me contesta desafiante—. ¡Vaya pues consígalos!

Le pregunto a Juliana si le provoca un tarrito de chunchurria. “¡Pues claroooo!”. La dejo en la mesa y salgo al agite de la calle. Cuando estoy de regreso

se lo extiendo y me mira agradecida y feliz. Entonces guarda en un papelito el chicle que está masticando.

—¿Quién te metió en este rollo? —le pregunto.

—Mi tía.

Me cuenta que la tía tiene un puesto de hierbas en la Minorista. Un policía que le compra baños de la suerte fue quien hizo el puente. No fue fácil. Cuando el puesto resultó, la tía aconsejó a Juliana: tenía que aprender a conversar con los clientes, entretenerlos, ser bien confanzuda, sacarlos a bailar, obligarlos a beber, ajustarse las tiras del brasier en su presencia. Simular componer las copas y aprovechar para tocarse ella misma es un truco que siempre funciona. “Darles piquitos, dejarse tocar comedidamente”.

Para sacar una pelada del bar el cliente tiene que incurrir en tres gastos: el motel, la multa del bar y el precio de la chica. Una habitación en un motel de combate en una de las zonas más sórdidas, por Carabobo o Tejelo, se consigue por diez mil la hora o quince mil toda la noche: sábanas traslúcidas y paredes en ladrillo pelado. El tope mínimo para sacar del turno a una mesera arranca en treinta mil y puede subir hasta ochenta mil. Todo depende del tipo de cliente: de su pinta, de lo que haya tomado, de la propina. Depende del día, de la hora, de las ganas que el sujeto demuestre, del ánimo de la patrona. La patrona es como una suegra entre mala leche y alcahueta, pues es ella quien cobra la multa del bar. Depende también del tiempo: una hora, dos, el resto de la noche. Depende de las deudas, del arriendo, de los servicios públicos. Y depende, sobre todo, de la cantidad de fichas recogidas. El cuadro también depende del hambre que se tenga.

Son las 9:30 de la noche y Juliana me coge la mano y me obliga a mirarla. Hago un esfuerzo para no sucumbir al plan depredatorio. Es el aliento suyo, el de verdad; el aliento natural de la noche en el bar. Juliana cierra los ojos y acerca su rostro. Dicen que las coperas ayudan a lidiar con el peso del mundo. Si esto es cierto, Juliana comienza a levantarme. ☺



Colombia number one

por CARLOS LEÓN GAVIRIA RÍOS

Del libro Colombia en la Guerra de Corea: memorias veteranas, escrito por Carlos León Gaviria Ríos y próximo a publicarse. Fragmentos que alumbran esas lejanas batallas trasapeladas entre las muchas locales.



El Batallón Colombia fue asignado, luego de su entrenamiento, al 21 Regimiento de Infantería Gimlets (Taldros) de la 24 División Victory del VIII Ejército norteamericano. Una vez el Batallón Colombia ocupó su lugar en el campo de batalla, la radio de Peiping, bajo control comunista, lo saludó en español: "Bienvenida a los soldados colombianos en su llegada a línea de fuego. Esperamos conocer el valor de estos suramericanos". El 7 de agosto de 1951 comenzaron las pruebas de valor. En su primera patrulla ofensiva, con la que quisieron conmemorar la batalla del Puente de Boyacá, fueron heridos once soldados. Desde su posición el Batallón envió patrullas de reconocimiento ofensivo, lo que le costó, el 7 de octubre, sus primeras tres bajas: el sargento David A. Hurtado, el soldado Oliverio Cruz y el cabo primero Helio de Jesús Ramos, autor de la letra del himno del Batallón Colombia.

Tras su brillante desempeño en la Operación Nómada el general norteamericano James Van Fleet dijo que el Batallón Colombia "había sido importante factor en el triunfo"; otros oficiales se refirieron a su actuación diciendo: "Ellos fueron los primeros en esa acción, son muy bravos". Desde ese momento la unidad colombiana y sus integrantes fueron conocidos con el título de *Colombia number one*.

"Era muy bueno cuando a uno le veían las distinciones y le decían *Colombia number one*. Al principio era raro, pero uno se acostumbra. Imagínese que hasta las Papá Sam o Mamá Sam (así llamaban a los ancianos coreanos) nos empezaron a decir así. Ya nos reconocían como los mejores soldados en Corea, porque nos tocaba pelear en unas partes muy duras y siempre salíamos bien; hasta cuando nos tocaba retirarnos nos felicitaban por no salir huyendo, sino siempre dando la cara al enemigo. Imagínese uno ir por la calle, de permiso, y cualquier persona de allá nos gritaba ¡*Colombia number one!* Eso me hacía sentir que éramos importantes. Antes a los turcos también los llamaban así, pero después a nosotros", dice Jesús Enrique Zapata Restrepo, veterano de esa guerra.

Ni odio, ni pesar

Al preguntarle qué sentían por sus enemigos, el mismo veterano responde: "No sentía ni odio, ni pesar, ni nada. Es un trabajo y lo que no hace uno en contra del enemigo, él lo hace en contra de uno o de un compañero. Uno se limitaba a realizar su trabajo, nada más, nada menos".

Mario Francisco Ramírez Calle también dice que "nada. Ni por los chinos ni por los coreanos, simplemente cumpliendo el deber de soldado. Estábamos en una guerra apoyando, pero ni sabíamos bien el motivo, ni siquiera por qué se separaron las dos Coreas".

"Odio no. Los que tenían odio por los norcoreanos, siendo casi hermanos, eran los surcoreanos. Esos sí tenían por qué aborrecerlos, porque ellos dividieron el país. Creo que en la guerra uno no siente un odio por nadie, a uno porque lo obligan a pelear, para no dejarse matar o que maten un compañero", concluye Pablo Emilio Chalarca Cano (qepd).

El que no se sintiera desprecio u odio hacia los enemigos se ratifica con

el buen trato que el Batallón Colombia dio a los prisioneros que capturó.

"El primer prisionero que hicimos casi se enferma, le dieron comida y cigarrillos y que una cosa y que la otra; ese hombre estaba feliz. Así fue con los otros prisioneros, pero ya más tranquila la cosa porque había pasado como la novedad", cuenta Francisco Antonio Carvajal (qepd).

El miedo

Los veteranos José Agustín Urrego Beltrán (qepd), Abel Camargo Infante (qepd) y Jesús Enrique Zapata Restrepo coinciden respectivamente en que el miedo no los desamparó en Corea.

"A mí me tocaba salir de patrulla, lejos, bajar a una hondonada y volver a salir. Y eso era peligroso porque caía mucha artillería del enemigo. El enemigo dispara a la loca, sin ver nada, a ver si coge gente haciendo cualquier vaina. Uno llora, yo lloré varias veces; sentirse uno en esas condiciones, quince días sin bañarse ni cambiarse, metido en un

huevo donde si llueve se vuelve un barril y uno ahí como un marrano".

"Lo más desmoralizador, se puede decir, eran los ataques de artillería. Los hacían más bien por la noche, pero también en el día. Recuerdo como unas tres o cuatro veces que fueron muy fuertes, oía uno en el aire 'susshhhh' y cuando caía el proyectil volaba la candela; uno no sabía dónde meterse. Eso era horrible, uno le tenía miedo hasta al ruido. Si uno veía que caían cerca, decía: 'Dios mío que no, que no'; si por el contrario estaba muy callado el asunto, eso era malo porque de pronto significaba que ya venían a atacar. Como quien dice, uno nunca estaba tranquilo del todo allá en la línea".

"Al principio yo sentía un miedo tremendo, sentía que se me subían las bolas aquí. Yo me decía: 'no vuelvo a Colombia, pero como tengo que sobrevivir me tengo que defender'. A los meses ya lo controla uno y se acostumbra. Daban la orden de que había que ir a un combate, y uno iba y atacaba como realizando un trabajo".

Masacre de lao y lao

En la defensa de la colina Old Baldy, en el área principal de resistencia de las Naciones Unidas, y cerca de la capital norcoreana Pyongyang, el Batallón Colombia enfrentó el combate más fuerte. Los 250 colombianos que la defendían resistieron tres asonadas enemigas, y debieron abandonarla tras agotar sus municiones y sufrir más bajas que en el resto de las operaciones en que habían participado hasta esa fecha (95 muertos, 97 heridos, treinta prisioneros y dos desaparecidos).

"Esos combates eran muy fuertes. Por ejemplo, el de Old Baldy fue como una masacre de lao y lao, porque esos chinos se le tiraban a uno en manada; uno pone el fusil y caen muchos, y ellos siguen y siguen llegando en una gritería y con un fanatismo muy verraco. Nosotros estamos orgullosos de la labor que cumplimos allá y del alto nombre con que dejamos a Colombia, pero no se puede negar que el costo fue muy alto, tanto en vidas de colombianos como chinas", recuerda el veterano Hildebrando Vélez Velásquez.

Otro veterano, Joaquín León Gaviria Espinosa, describe los combates "como estar en un infierno. Uno ve a los compañeros caer heridos o volar en pedazos. Aun que uno tiene cómo defenderse y el otro también, no deja de ser una matanza".

El testimonio completo del veterano Ricardo Antonio Giraldo Rodas, quien combatió en el Old Baldy y allí perdió a todos sus compañeros, nos pone en escena con mayor precisión:

"Eso fue cinco días después del ataque al cerro 180, que ya salimos para la línea otra vez. Éramos maliciosos y pensábamos que ahora sí nos iba a atacar esa gente, después del ataque que les dimos en el 180. Los chinos reaccionaron y dijeron: a esta gente hay que ponerle un tatequeto. Ya estábamos allá, en las posiciones. Como yo era especialista en la ametralladora .30, me mandaron a la posición adelantada. Presentí algo, me fui al dormitorio, al búnker, y saqué lo que eran fotos y le prendí una lamparita a una imagen que tenía de la Virgen del Carmen. Cuando volví, el cabo González me preguntó adónde había ido y le contesté que a prenderle una velita a la virgen. Me dijo que había hecho muy bien, porque él presentía que se venía algo grande. Estábamos en esas cuando... Eso era como cuando descargan una volquetada de piedra, así cayeron las explosiones encima. A mí me corrió una cosa por todo el cuerpo, me cuadré en la ametralladora y le apreté el gatillo a eso. Ya se oscureció y el otro cabo me dijo: 'esto se trabó'. Yo le dije 'véngase para acá', y cómo le parece que me quito yo, se para él en donde yo estaba y ahí mismo cae la granada. Sentí que cayó, no dijo nada, no dijo ¡ay! siquiera. Yo sí sentí como cuando sale una fuente de agua, era la sangre de él; mataron al compañero. Me paré en esa ametralladora, le corrí el mecanismo y funcionó. Le dije a otro soldado: 'agarre esa ametralladora ahí'. Él se paró y empezó a disparar, al rato ya no escuché más, lo mataron también. Esto ya se puso muy serio, pensé yo, ya sin quién me amunicione ni nada. Los pensamientos son rápidos, es un instinto bravo, fuerte. Entonces se vino un terrero encima y me corrí para el lado y me enredé. Tuvo que ser con el otro soldado que estaba ya ahí tirado... muerto. En un medio reflejito de luz que hizo vi al teniente que estaba en un rincón, acurrucado contra el fondo del búnker, herido y asustado. Entonces lo agarré y le dije: '¿Nos vamos a dejar matar aquí, nos vamos a



dejar sepultar vivos?. Vamos para afuera por esa zanja, para la línea'. Iba recostado y agachado cuando vi una cosa, un bulto. Como estaban lanzando bengalas vi clarito que el arma que tenía no era de las nuestras; es un enemigo y ya están encima, pensé. Bueno, a la mano de Dios. Cerré los ojos y apreté el gatillo de la carabina, no pensé sino en defenderme y proteger al teniente, que creo que iba detrás de mí. No me di cuenta si cayó, sí me di cuenta que pasé por encima de muchos caídos hasta que sentí que volaba por el aire. Quedé privado. Cuando abrí los ojos vi unos tipos con ojos rasgados y me dije: 'ay Dios mío, estoy prisionero'. Cerré los ojos y me quedé quieto otra vez, los oía hablando y no entendía ni pío. Al rato los volví a abrir con cautela y vi dos monos grandes, eran gringos, entonces me quedé con los ojos abiertos. Amanecí tirado a la orilla de la zanja. Cuando desperté era el otro día, tarde. No podía moverme. Con un intérprete pude pre-

guntar por qué estaba tan hinchado. Me contestaron que era por los golpes de las ondas explosivas de las bombas y el fuego de artillería, además de la caída; parecía un monstruo. No sé cuántos días estuve hospitalizado. A lo último me mandaron donde estaba el resto del Batallón, con una orden de reposo y de observación, y lejos de cualquier arma. Duré mucho tiempo como despistado hasta que fui volviendo. Me pusieron por ahí a mirar, en labores suaves. Después supe que la posición en la que estaba fue arrasada de la línea. No volví a ver a ninguno de mis compañeros, el teniente murió allá; de mis amigos no volví a ver a ninguno. Eso lo golpea a uno en la mente".

Estado de indigencia

Los diferentes gobiernos nacionales que se han sucedido desde el final de la guerra coreana han mantenido a estos veteranos en un olvido

casi total. Estos hombres debieron esperar hasta 2001, cuando la Ley 683 creó un auxilio económico para ellos y los veteranos del conflicto con el Perú, un subsidio mensual equivalente a dos salarios mínimos vigentes; sin embargo, la ley señala que los combatientes deben estar "en estado de indigencia" para recibirlo.

A pesar de los años, la camaradería entre ellos no ha desaparecido, y han conformado una hermandad que se ha fortalecido con el tiempo. En la actualidad, los soldados que integraron el Batallón Colombia continúan reuniéndose periódicamente, con el objeto de rememorar sus acciones, compartir anécdotas y honrar la memoria de los compañeros caídos en combate y de los que han desaparecido a lo largo de los años. Se reconocen entre ellos con una frase que día a día cobra más fuerza entre los que aún sobreviven: ¡Soldados veteranos: unidos en la guerra, hermanos en la paz!



Calle 27 Sur N° 43A - 61
 Teléfono: 448 24 04
www.otraparte.org
 Horario de atención:
 3:00 p.m. - 11:00 p.m.

SOLUTIONS Web
www.cohe.net



www.arteprensa.info



Cien años mirando el cielo

por JOAQUÍN BOTERO

La popular serie de televisión *Mad Men* muestra a publicistas que mastican sus triunfos y sus fracasos mientras viajan en tren a los suburbios de Nueva York. Don Draper y compañía, trabajadores de la Avenida Madison, transitan por la mítica estación de Grand Central, que hoy celebra su centenario.

El día del aniversario los comerciantes vendieron cocteles a 75 centavos y pasteles de queso a 19, para hacer honor a los precios de hace un siglo.

Donde antes operaba una elegante sala de espera para pasajeros de sombrero y corbatín y mujeres de baúl y neceser, ahora hay una exposición sobre el pasado, el presente y el futuro de Grand Central, con enfoques para todos los gustos: historia, arquitectura, ingeniería, finanzas, política, moda, comida y entretenimiento. Se muestran fragmentos de películas que han sido filmadas ahí o recrean la estación, como *Superman*, *Pescador de ilusiones*, *Madagascar*, *Hombres de negro*, *Soy leyenda* y *Los Vengadores*.

Con veintiséis millones de visitantes al año, la estación de trenes es la sexta atracción turística del mundo, y está

localizada a distancia caminable de la primera y la segunda atracción: la confluencia de calles Times Square y el Parque Central.

Turistas y viajeros, neoyorquinos y extranjeros, afanados y relajados, todos cruzan caminos en la terminal ubicada en la calle 42 entre las avenidas Park y Lexington. Con un área de 17 hectáreas, es la estación ferroviaria más grande del mundo por número de plataformas: 44. Cada día más de 750 mil personas, la población entera de Alaska o de Dakota del Norte, atraviesan Grand Central.

Un poco de historia

El magnate del transporte fluvial y terrestre Cornelius Vanderbilt mandó construir la terminal con pretensiones de museo o palacio europeo pero con visión práctica. De un nivel salían los trenes hacia los suburbios cercanos y del otro hacia las ciudades alejadas. Las rampas facilitarían el movimiento de los pasajeros, algo visionario, pues también ayudarían al desplazamiento de las personas de edad y a quienes usaban sillas de ruedas.

La construcción de zonas de restaurantes, almacenes y tiendas de comidas, siempre necesarias para el que debe esperar o comprar algo de prisa, han mantenido su plan original.

En sus inicios Grand Central atendía anualmente a trece millones de pasajeros, quienes tomaban trenes a destinos cercanos o a ciudades tan alejadas como Chicago. En la actualidad la cifra de usuarios ronda los 83 millones, y las rutas alcanzan los suburbios al norte del estado de Nueva York y también Connecticut. De la otra gran estación de trenes en el lado occidental de Manhattan, Pennsylvania Station, parten los viajeros hacia los condados de Long Island y Nueva Jersey y otras ciudades cercanas. Además, se construye una ampliación que en 2019 permitirá el acceso a las líneas del Long Island Railroad.

Con el uso del automóvil y el despegue de la aviación, la estación tuvo tiempos de decadencia. Los constructores, voraces con cualquier espacio en Manhattan, en los años sesenta vieron una oportunidad de derribar la estación, construir otra más moderna y, encima, un rascacielos. Defensores de esta

joya se opusieron con firmeza, entre ellos Jacqueline Kennedy Onassis. En los setenta Grand Central fue declarado patrimonio arquitectónico nacional.

Distinta suerte corrió Penn Station en la calle 34, que fue demolida y reconstruida como una estructura eficiente y moderna, pero en la que no vale la pena detenerse a mirar, descansar ni tomar fotos. Lo único rescatable fue que al lado se levantó el nuevo coliseo del Madison Square Garden. Hoy hay planes de demolerlo para construir un escenario más moderno con el nombre anexo de una corporación. Asuntos de publicistas.

La bóveda celeste que decora el techo de Grand Central ha debido cambiarse varias veces durante las remodelaciones. Un recuadro ennegrecido se conserva como recuerdo de tiempos pasados: lo que se pensó que eran rastros de carbón y combustible diesel, resultaron ser manchas producidas por el alquitrán y la nicotina de los cigarrillos, restos de conversaciones y esperas, aunque desde los ochenta está prohibido fumar en la estación. ☹



DIBUJAR CON PALABRAS. ESCRIBIR CON IMÁGENES.

Sesiones de lectura y creación de cómic
en Explora-Planetario

PLANETARIO
DE MEDELLÍN

JESUS EMILIO RAMÍREZ GONZÁLEZ

Sesiones quincenales

www.planetariomedellin.org | lectoresdecomicmedellin.wordpress.com

Entrada libre

Apoyan:

PRIMERAS HISTORIAS

por JUAN CARLOS ORREGO



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

ESCENARIOS

1. En la carátula de un libro de Enrique Vila-Matas (*El viento ligero en Parma*) se ve un cuadro del español Vicente Rojo que se llama *Escenario*. Unos trazos deliberadamente burdos parecen simular el marco de algo que puede ser una ventana. Debe serlo, porque al fondo hay unos bloques, muy grises e indefinidos, que yo supongo de viviendas, y frente a ellas se extiende una amplia superficie azul negra, que yo supongo el mar, o un estuario; arriba, algo que podría ser el cielo, al que cruza una especie de nube. Nada se mueve en ese escenario, sin luces ni estrellas, porque además es de noche. Una noche que, por supuesto, no está destinada al amanecer. Pero es un paisaje presagioso, un paisaje que invita, no a visitarlo, sino a mirarlo; no a buscarlo, sino a soñarlo. Algo hay en él que habla de paz, siempre y cuando no miremos a fondo sus ojos de animal terrible.

Es muy posible que Rojo no haya pintado una ciudad, ni nada parecido, aunque sé bien que pintó un misterio. Lo demás no importa mucho. En ese libro dice Vila-Matas, hablando de otro cuadro: "...uno puede ver lo que quiera en una pintura". Y unas líneas más adelante, sin salirse del tema: "Perfección absoluta del instante". Eso era lo que yo quería decir, y no supe.

2. En su libro *Ciudades inventadas*, el gran poeta brasileiro Ferreira Gullar inventa 23. Tomo el último párrafo de la última, *Tuyutuya*. Después de muchos avatares y desventuras, Tuyin regresa vencido a su ciudad natal: "Venía triste y llegó a Tuyutuya al rayar el día. Pero, al hallarse frente a la ciudad bañada de rocío, bajo la claridad del amanecer, su tristeza terminó. Se quedó allí contemplándola: Tuyutuya parecía sonreírle, acogedora. Un gallo cantó glorioso; otro, más distante, respondió. Enterrecido, Tuyin vio a las primeras personas salir de las casas, con sus instrumentos de trabajo, y dirigirse al campo. Se demoró un poco más mirando de lejos los muros desconchados, las paredes de las casas, los tejados, las ventanas todavía cerradas. Las cosas todas parecían tocadas de eternidad. Aquella era su ciudad, todo lo que allí viviera se había impregnado en la cal de las paredes, en la madera de las puertas, en la piedra de las calles. 'La existencia es para siempre en cada momento', pensó, invadido de una renovada alegría.

Así, cruzó el puente levadizo y penetró en Tuyutuya, reconciliado con su destino de hombre".

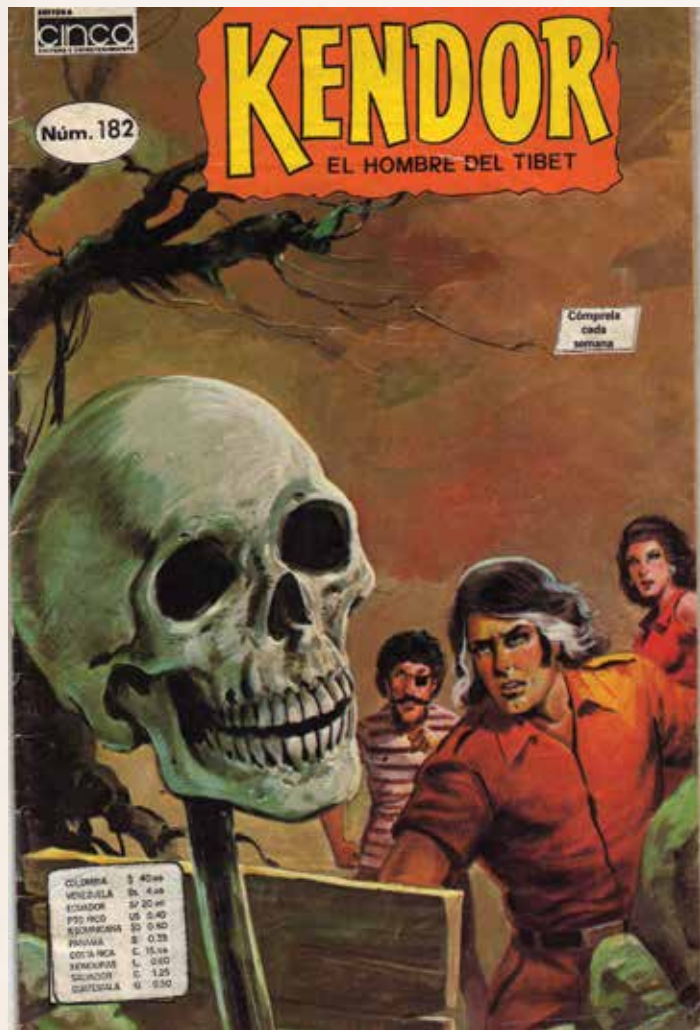
Lo mismo había dicho Dorothy al final de *El mago de Oz*; aunque con menos palabras.

CODA

Un ilustre teatrero de Medellín está escribiendo en blogs la historia de su grupo. Los blogs van ya en camino de convertirse en un libro, que será el primero en comprar. Es un recuento, entiendo, de los muchos obstáculos y logros que acompañan a una compañía de teatro. Siguiendo por ahí, se me ocurre pensar que los teatreros han sido por antonomasia cómicos de la legua. Viajeros errantes, cargados de trapos y carretas y polvos de arroz. Se les destierra o se les ignora, por funámbulos y vagabundos. Y, por más que se vistan de seda, siguen siendo réprobos. Pero hacen sus funciones, contra viento y marea, y el público los quiere, y por él existen. Gente mísera de tropa. ☹

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A. CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



El fugitivo temerario, Kendor, Candilejas, Almas de niño, La Capitana, Arde Vietnam, El Pantera y otras más. Por motivos que nunca conocí —no me incumbían las intimidades de esa familia—, el Rey del Plástico no frecuentaba las más canónicas de esas historietas, Memín y Kalimán. Con independencia de tan discutible modo de hacerse el original, lo más importante era que ese lector empedernido no perdía su pragmatismo de hombre de negocios, razón por la cual, una vez leídas las historietas, nos las cedía a precio ínfimo a mi hermano y a mí. Aunque sea harina de otro costal, cumplo con señalar que el vacío de Memín y Kalimán nos lo llenó la generosidad de "Caballo Viejo", un muchacho bellanita que poseía la mejor hemeroteca en el género de las historietas, y que condescendía a prestarnos las revistas a cambio de nada, hasta que estuvimos en situación de comprarlas por nuestra propia cuenta.

Nada mejor que las historietas para completar la educación literaria de cualquiera. Los personajes que ofrecían tenían toda la singularidad de esos que, como Sancho Panza, Sherlock Holmes y Úrsula Iguarán, se hacen entrañables hasta para el lector más desprevenido. Cada uno de esos ejemplos ilustres puede confrontarse con una figura equivalente en las viñetas de las revistas: Chilón Chilónides, el griego que ayudaba a Kendor, no tenía nada que envidiarle al socio de Don Quijote: era cobarde y tosco, y lo distinguía una barriga incipiente que se apretujaba tras su camiseta marinera a rayas. El detective ilustre era Gervasio Robles, "El Pantera", por más que reemplazara la fineza y astucia de Holmes por su fuerza bruta de mexicano mujeriego; y la matrona imponente estaba en la ropa de la Mamá Juana de Fuego, aproximada a las maravillas del realismo mágico garciamarquiano gracias a sus siniestras artes de vudú. Incluso, a veces era la misma factura literaria la que hacía memorables a los personajes de las historietas; prueba de ello es el recuerdo que, tres décadas después, me queda de la presentación de un esbirro de harem en La Capitana: "Alí Mayel, fuerte y bello, dominante por naturaleza, eunuco por obligación". Asimismo, imagine el lector lo que puede significar que el protagonista de la primera serie de Almas de niño, un pastor alemán, se llamara Bolillo.

Con todo, no había nadie como Kendor, "El hombre del Tíbet". Se trataba de un humanista aguerrido, maestro de chaolín, enemigo acérrimo de las potencias oscuras del mundo. Su erudición orientalista —aprendida de niño sobre las rodillas del Dalai Lama, quien lo había adoptado después de su extraño nacimiento en el reino estelar de Etería— no impedía que fuera un peleador agresivo y contundente, ágil como el doble de Bruce Willis en Duro de matar. Cuando el Rey del Plástico cortó nuestra suscripción después de romper definitivamente con la prima de mi madre, Kendor fue una de las pocas revistas —si no la única— que mi hermano y yo

seguimos comprando con nuestro escaso dinero. Solo por el Hombre del Tíbet, con su figura alta, delgada, de sienes entrecanas, vencedor del temible rinoceronte Kifarú, accedíamos a poner en riesgo un patrimonio cuya principal destinación era adquirir las boletas para los partidos del inmarcesible "Equipo del Pueblo".

Se equivoca quien piensa que las historietas apenas nos deparaban la oportunidad de conocer héroes inimitables y personajes estrambóticos. Nada de eso. Ellas fueron, también, una puerta segura hacia la cultura general. Muchos de los episodios de las historietas, por ejemplo, estaban encandelillados por los argumentos de la mitología griega. A ese respecto, ninguno fue tan memorable como la aventura de Kalimán entre los dioses del Olimpo, episodio que arrancó en el número 299 y que pudimos leer gracias a los préstamos de "Caballo Viejo", quien por largarnos los ejemplares de veinte en veinte aderezaba con especial suspenso nuestra lectura; la tanda terminaba, por decir algo, cuando "El Hombre Increíble" iba a enfrentarse a Poseidón, y era preciso esperar un nuevo viaje a Bello para renovar el préstamo. También Orión el atlante rondó por el imaginario helénico, toda vez que el primer monstruo que el protagonista debía vencer era la Cratotauro, una especie de remasterización del Minotauro de Creta (con el problema de que una vez vencida la criatura la serie perdió toda expectativa y cayó en desgracia, razón por la cual sus libretistas y dibujantes se concentraron en producir las aventuras de Alan Martín. El fugitivo temerario). Lejos de cualquier occidentalismo, las historietas también surtían escenas de la mitología americana, como ocurrió a propósito del episodio en que Kendor enfrenta a Simón el Mago, gracias al cual conocí —lo juro— a Kukulkán, la Serpiente Emplumada del panteón maya.

Las mejores historietas subsistían gracias a la savia que chupaban de la historia y la cultura universal, de modo que la educación enciclopédica del lector estaba garantizada. Los capítulos de



Entre los escritores campea un cliché de dos caras opuestas como las de Jano: decir que a los ocho años ya habían leído El Quijote, tomado de la biblioteca del padre, "quien era un hombre muy culto"; o decir, con desparpajo igualmente exhibicionista, que llegaron tarde a las letras y que fue apenas en la vida adulta cuando, por azar, la literatura brilló ante sus narices. Me resultan sospechosas, por igual, la precocidad y la explosión tardía del amor por



Buenos Aires vende lo suyo a su manera. Las mismas tintas, las mismas manos que reparten en el centro, unos pezones parecidos. Los papelititos se multiplican y obligan a la colección. Una versión gaucha para posibles viajeros. Y para voyeristas locales.

Señoritas a su elección

por DAVID E. GUZMÁN

Rubias, morenas, pelirrojas. Nuevitas en la zona. Solo Diosas. Dos por una. La oferta sexual abunda por todo Buenos Aires en forma de papelititos. Basta con darse una caminata por Callao entre las avenidas Rivadavia y Corrientes para llenarse los bolsillos de volantes triple equis. Fotos 100% reales. Solitas en su departamento. Flaquitas y pulposas que te tratan como a su enamorado. Aunque es un fenómeno de toda la urbe, en el centro y microcentro bonaerense es donde se concentra el mayor movimiento publicitario.

Muchos volantes son entregados en la mano, pero es común ver a los tipos que los reparten frente a los teléfonos públicos: en poco tiempo convierten las cabinas en pedestales de placer y lujuria. Muy concentrados, acomodan los papelititos de manera simétrica, con una "prolijidad" enfermiza. Pero no solo los teléfonos. Toda rendijita en un poste, una reja, un paradero de bus, un cartel, una señal de tránsito, una puerta es utilizada para acomodar un volante que ofrece sexo. Morochas complacientes y ratoneras. Tu mejor compañía.

Rodea este texto una muestra de papelititos recolectados durante el invierno y la primavera de 2011 en la capital argentina. Según la ley 260 de este país, los volantes entregados en mano no deben arrojar en vía pública, así que fue en mis bolsillos y los de mi morral donde se gestó esta colección. Bienvenido. Ambiente climatizado. Bucal completo hasta el fin.

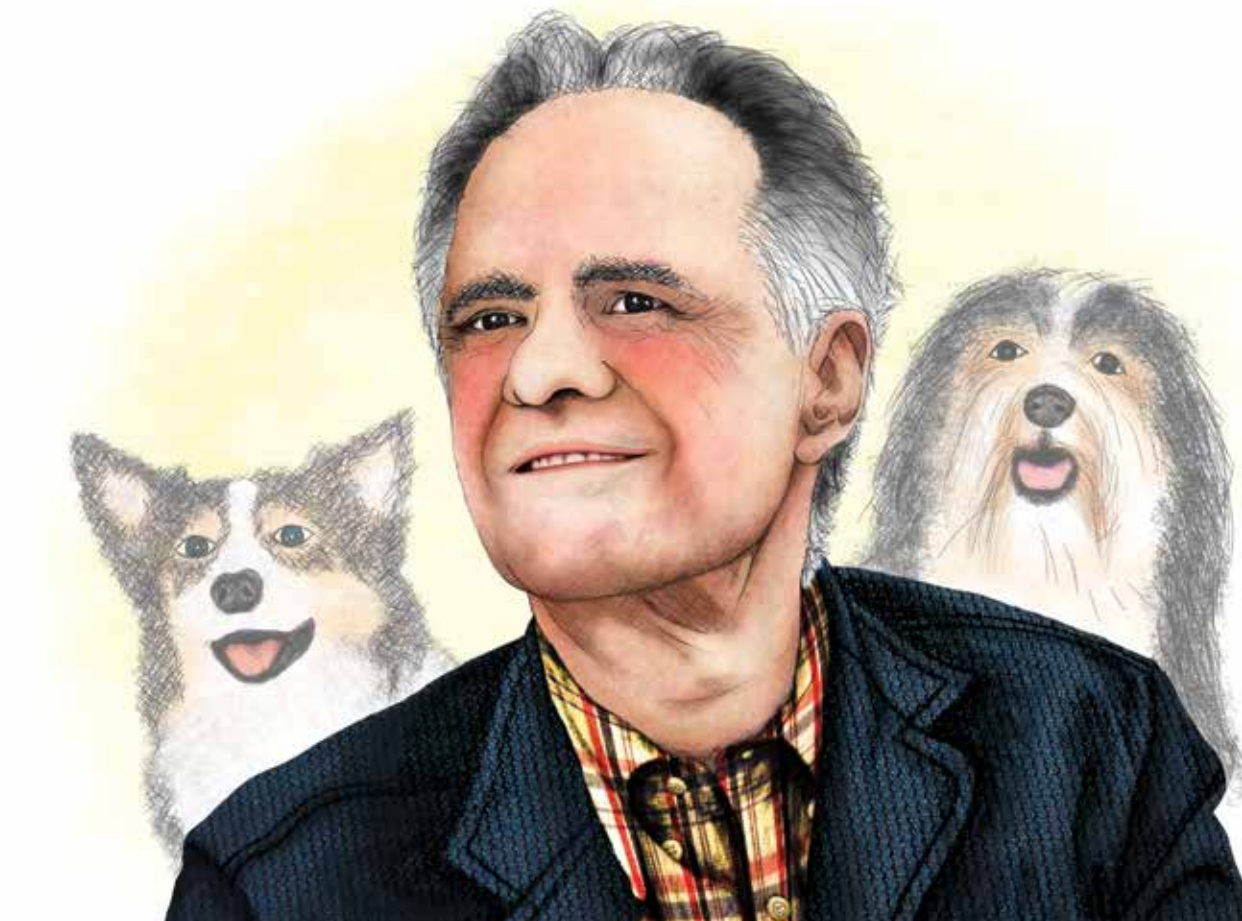
1 dólar: 3,8 pesos argentinos ☾



R.I.P. Fernando Vallejo

por MENINA

Ilustración: Hernán Franco



Todos los antioqueños, exceptuando quizá a Jorge Vega, estamos sumidos en el más profundo desconsuelo por la desaparición de nuestro escritor Fernando Vallejo. Paz a sus cenizas, pues su alma y su cuerpo jamás tuvieron reposo.

No tuve el gusto de conocer a Vallejo, pero me reí de lo lindo leyendo sus *Días azules*, su *Fuego secreto*, y me morí de la jartera leyendo su *Desbarrancadero* y otras vainas, cuando lo abandonó la Gracia y se convirtió en un tío —de esos que todos tenemos, queramos o no— cascarrabias y cantaletoso.

Qué gran pérdida para las letras del país, éste que —si me permitieran— dejaría con gusto en capilla ardiente, vestido de novia, como dicen las malas lenguas que se presentó a recibir un premio en México, pues más que la literatura le interesaba el espectáculo en sus penúltimos días.

Cabe decir, como postrer tributo al maestro, que nunca fue un sepulcro blanqueado. Dijo lo que sabía y no sabemos si pensó lo que decía, pero tuvo la grandeza de exponer su corazón, que en el fondo —si lo tenía— estaba lleno de ternura.

El bueno de Satán lo reciba en su amplio regazo, y allá nos logre un asiento a quienes queremos huir para siempre de este cielo.

Requiescat in pace, maestro. ☾

2013 eur cine Festival de Cine Europeo Colombiano

19 versión

MAYO 3 AL 10 EN LAS SALAS DEL COLOMBO AMERICANO

Mayores informes: 513 44 44 ext. 181/178 www.colomboworld.com Síguenos en: Facebook, Twitter

ColomboAmericano Medellín

lenteja express

Comida Rápida Vegetariana

- Hamburguesas
- Nachos
- Lasagnas
- Quesadillas
- Ceviche
- Jugos naturales

Crédito cable 53 # 42 19 Cel: 320 631 30 88 Poblado crta 35 Bx. 78 Primavera Cel: 300 979 91 35 lentejaexpressmedellincolombia@gmail.com Encuentranos en facebook, hamburguesa de lenteja vegetariana

ANTIOQUIA GARANTIZADO

Danzaart presenta Alquimia las más contrarias y diversas formas de bailar

Danzas de CHINA, INDIA, EGIPTO, BRASIL y sus diferentes fusiones en un mismo escenario

Sábado 22 Junio Teatro Pablo Tobón Uribe 7:00 Pm

Balcón \$25.000 - Plaza \$40.000 - Tiquetes Informes 512 741 40 06 Escuela Danzabara 500 05 71 (42.000) y 650 750 Teatro Pablo Tobón Uribe 259 73 00 www.danzabara.com

vartex Muestra de video y experimental

21 al 24 de mayo

Organiza: cinéfagos.net Con el apoyo de: ColomboAmericano Medellín, Museo de Arte Moderno Medellín

Los museos tejen su Red

Hasta el 2007, en el departamento de Antioquia decenas de museos trabajaban cada uno por su lado en la conservación y protección del patrimonio. Pero esto cambió ese año, cuando, después de un par de intentos fallidos por agruparse, se conformó la Red de Museos de Antioquia (RMA), entidad sin ánimo de lucro a la que se vincularon voluntariamente 54 museos. Así, apadrinada por el Museo de la Universidad de Antioquia (MUUA), la Red avanzó en los años siguientes en su formalización e inició acciones a favor del sector.

Desde un principio la idea de la Red fue propiciar una mejor relación entre los museos, compartir información, gestionar mecanismos de cooperación y establecer alianzas, todo con el propósito de fortalecer su representación, su visibilidad y sus contactos con los sectores público y privado.

Con un trabajo dedicado y continuo durante poco más de cinco años, la Red llegó a consolidarse no solo en Antioquia sino en el país entero, siendo reconocida en diferentes instancias como la red más organizada y dinámica de Colombia. Diferentes públicos empezaron a hablar de ella, de su participación en la construcción de políticas públicas y de su compromiso con la gestión administrativa, financiera, de conocimiento y de las colecciones de los museos que la integran.

Hoy, la Red de Museos de Antioquia tiene cuatro comités que le permiten adelantar actividades educativas, de asesoría, de intercambio de experiencias y de formulación y ejecución de programas, planes y proyectos. También opera con la estrategia de nodos, uno en cada subregión del departamento, para capacitar a los líderes de los municipios, fortalecer los pequeños museos y conectarlos entre sí, ampliando la red.

Ahora sus esfuerzos están dirigidos a establecer y mantener la interacción con los museos antioqueños y las redes nacionales e internacionales. Un reto que va de la mano con su visión para el año 2015 de integrar a la mayoría de los museos del departamento e incidir en la formulación de políticas culturales con el apoyo del sector público, privado y de las comunidades.



Visita nuestro sitio web www.museosenred.org

f Reddemuseosdeantioquia

@Red_demuseos

DÍA INTERNACIONAL DE LOS MUSEOS

18 de mayo

Conoce la programación de los museos de Antioquia



MUSEOS
(MEMORIA + CREATIVIDAD)
= PROGRESO SOCIAL



Apoyan:



Alcaldía de Medellín



El álbum familiar es sobre todo una antología de encuentros y celebraciones. Visitarlo necesita un guía para descubrir los lugares entrevistados y reconocer las caras perdidas en el tiempo. La alegría aparece con un gesto compartido entre abuelos y nietos. Y con la visita inevitable para las fiestas y la nostalgia.



**Aguardiente
Antioqueño**

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994